



Cuadernos del CENDES
Universidad Central de Venezuela
cupublicaciones@cendes.ucv.ve
ISSN (Versión impresa): 1012-2508
VENEZUELA

2007
Juan Carlos Monedero
EN DONDE ESTÁ EL PELIGRO... LA CRISIS DE LA REPRESENTACIÓN Y LA
CONSTRUCCIÓN DE ALTERNATIVAS EN AMÉRICA LATINA
Cuadernos del CENDES, enero-abril, año/vol. 24, número 064
Universidad Central de Venezuela
Caracas, Venezuela
pp. 23-58

Red de Revistas Científicas de América Latina y el Caribe, España y Portugal

Universidad Autónoma del Estado de México

<http://redalyc.uaemex.mx>



En donde está el peligro... La crisis de la representación y la construcción de alternativas en América Latina

JUAN CARLOS MONEDERO pp. 23-58

Resumen

Aunque una parte de la doctrina politológica insiste en que no puede hablarse de crisis del sistema de partidos en América Latina, la realidad cotidiana desmiente ese aserto. Como muestran los casos emblemáticos de Venezuela, Ecuador, Bolivia, Brasil, Argentina o Perú, los escenarios electorales indican una gran movilidad e incertidumbre. La crisis de representación señala la discordancia entre un Estado históricamente débil y reforzado como aparato de clase durante la etapa neoliberal, y nuevas exigencias populares de transformaciones económicas, culturales, normativas y políticas. En este contexto, la pregunta sobre el instrumento político adecuado cobra nueva relevancia, especialmente ante la propuesta venezolana de crear un partido unido que reúna las fuerzas políticas y sociales comprometidas con el cambio que tiene lugar en el país.

Palabras clave

Crisis de representación / Partido unido / Democracia

Abstract

A segment of the political doctrine holds that you cannot rightly talk about a party-system crisis in Latin America, but everyday facts prove this assertion false. As illustrated by the emblematic cases of Venezuela, Ecuador, Bolivia, Brazil, Argentina or Peru, the electoral scene shows great unsteadiness and uncertainty. The representation crisis points to the inconsistency of a historically weak State, reinforced as class apparatus during the neoliberal era, and new popular demands of economic, cultural, regulatory and political transformations. In this context, the question of the appropriate political tool reacquires relevance, specially in view of the Venezuelan proposal concerning the creation of a united party that will congregate the political and social forces committed to the change currently underway in the country.

Key words

Representation crisis / United party / Democracy

Pero en donde está el peligro, crece también la salvación.
 Friedrich Hölderlin, «Himno a Patmos»

Introducción: la condición huidiza de la realidad y de su discurso

Hay bastante confusión en la actualidad, pues se constata que dirigentes izquierdistas de los años de la posguerra y de la Guerra Fría, es decir, guerrilleros, tupamaros, intelectuales y demás contestatarios duros se siguen identificando como tales, aunque ejerciten ahora un discurso alineado con el capitalismo, alaban y/o aplican programas de ajuste cuando pasan por el Gobierno, se alían con ultraderechas para dar golpes de Estado contra Gobiernos nacional-populares, y constantemente dirigen sus miradas a los países centrales para encontrar sus referencias de progreso, civilidad y modernidad.

Margarita López Maya,
 «Introducción» a Steve Ellner, *Neoliberalismo y antineoliberalismo en América Latina: el debate sobre estrategias*

Un diagnóstico certero de la época tiene que enfrentar, como punto de partida, la propia confusión de la época. Todos los tiempos de cambio, de *transición paradigmática* en expresión de Boaventura de Sousa Santos (2005a), son confusos, a la búsqueda de síntesis que les devuelvan una imagen armónica de sí mismos. De manera más extrema esto es especialmente cierto para las explicaciones sociales (incluida, como probabilidad, esta que aquí se despliega). La persistencia de la confusión daría cuenta de por qué, en un momento histórico incomparable —por el volumen— del desarrollo de explicaciones sociales, aún falta esa síntesis que permita ese diagnóstico certero y, por su plausibilidad, también compartido al menos en el espacio de la academia. Pero buena parte de esos análisis son desarrollados por especialistas cuyo lugar en el mundo incorpora, de manera hegemónica, una condición que poco ayuda a este cometido. A menudo las variables generacionales son hoy condición necesaria, aunque no suficiente, para dar una interpretación cabal de la tarea de los intelectuales. Tanto la historia como la ciencia social la hacen personas. No puede, por tanto, ignorarse el elemento biográfico que acompaña al presente.

Como recuerda Margarita López Maya en la cita del epígrafe, muchos de los intelectuales mantienen la rebeldía de los años sesenta, sentenciando desde esa estatura certificados absolutos de respetabilidad, progresismo y reacción. Pero, al tiempo, en un bucle difícilmente comprensible, han sido los representantes, como grupo generacional, del repliegue de los ochenta y noventa. Añadamos la perplejidad que ha acompañado al cambio de siglo (no por magia alguna de las cifras, sino por condensación de algunos agotamientos) y nos acercaremos al origen de las dificultades.¹ Nuestro momento histórico está

¹ Los usos académicos, hegemónicamente positivistas, colaboran en esa dirección. Lo *políticamente incorrecto* tiene que ver con todo lo que implica un exceso de realidad. Maquiavelo, como ya se empieza a decir de manera crítica, nunca pasaría los filtros para poder

signado, entre otros aspectos, por la caída del Muro de Berlín y el hundimiento de la Unión Soviética, la consiguiente hegemonía neoliberal, la invasión de Iraq y sus antecedentes de terrorismo (particular y de Estado), el cambio climático, la generalización de la democracia representativa al tiempo que se desmantelaban los derechos sociales, la articulación de la guerra global permanente y la rebelión popular contra el neoliberalismo. La crisis del Estado, de la Modernidad y del capitalismo se extiende como un manto por todas las sociedades occidentales.

Corolarios de la confusión epocal son la devolución al mercado de la satisfacción de los bienes públicos, la vuelta pendular al irracionalismo, el remozado auge de la extrema derecha racista y xenófoba, el recurso popular a los horóscopos y demás formas de adivinación, la reivindicación de la emocionalidad por encima de la racionalidad, el relativismo axiológico, la avalancha de libros de autoayuda, el aumento de la depresión, las enfermedades nerviosas y el suicido, el éxito de lo esotérico (la *new age*, el budismo o la recreación *light* de lo religioso), la reivindicación del centrismo como un espacio político definido supuestamente como una huida de los *extremos*, la renovación de la democracia municipal y la rearticulación de identidades durante decenios y siglos silenciadas.

Pero el *fin de la historia*, preparado desde comienzos de los años setenta, pronto se demostró falso, un *slogan* tardío de la Guerra Fría, más válido para Europa que para América Latina. A mediados de los años noventa, la crítica al neoliberalismo era ya un hecho contrastado. Baste recordar el encuentro organizado por los zapatistas contra el neoliberalismo en 1994 (recordemos que su aparición, en enero de ese año, coincidió con la entrada en vigor del tratado de libre comercio de México con Estados Unidos y Canadá). Ese mismo año tenía lugar en Río de Janeiro un seminario internacional que incorporaba, además, la pregunta acerca de la superación del modelo hegemónico. El título: «Posneoliberalismo. Las políticas sociales y el Estado democrático». En la publicación posterior, Pablo González Casanova afirmaba:

El fin de la luna de miel democrática del neoliberalismo corresponde al fin de la utopía capitalista que tanto exaltó la caída del «socialismo real» y que hoy no tiene el menor elemento para presentarse como portaestandarte de la Razón y la Modernidad. La «desideologización» propugnada por este tipo de regímenes busca que las ideologías y los proyectos socialistas y democráticos sean abandonados de una vez y para siempre (González Casanova, 1999:11-12).

publicar en la *American Political Science Review*. La valoración se sustituye por cuantificaciones vacías y la explicación y propuesta de mejoramiento de la organización social se cambia por un bucle autoalimentado que se agota en sí mismo. Puede consultarse una ácida crítica en Sartori, 2005.

¿Tenemos que encontrar ahí el rezago del análisis sobre la cambiante realidad que se está imponiendo en el continente? Causa sorpresa el que una conclusión repetida por investigadores especializados en la política latinoamericana —más en concreto, en los partidos— sea la supuesta buena salud del objeto de estudio del que tratan, discurso apenas variado pese a las transformaciones evidentes que ha enfrentado la representación política liberal en los últimos cinco años en el continente. Muy al contrario, estas transformaciones —inclusión de sectores excluidos que reclaman usos sociales diferentes, candidatos ganadores sin partido consolidado, deslegitimación parlamentaria y partidista, abstencionismo electoral acompañado de satisfacción democrática, aumento de la identificación popular con liderazgos fuertes, procesamiento de políticos, reclamaciones radicales de soberanía— son usadas *sensu contrario* para afirmar que esa *crisis* no es tal, sino mera apariencia o, incluso, señal de la buena salud del sistema.

Aún más, se carga sobre las alternativas nacientes la responsabilidad de lo que se llega a calificar como «obstáculos» para la «consolidación democrática», algo sólo válido si se sigue manteniendo el discurso de la *modernización*, donde, en la estela de Rostow, sólo existe una senda posible. Los intentos de recuperar la política se califican como el triunfo de la «antipolítica». De esta manera, la necesidad prácticamente se convierte en virtud: la creciente oligarquización política —propia de todas las democracias representativas pero agravada en aquellos países donde la sociedad civil es débil—; las grandes desigualdades sociales; el aumento de la violencia; el monopolio de la formación y, de manera grosera, de la información; la soberanía ausente; la fragmentación social; la falta de participación, etcétera son reconvertidos bajo explicaciones que conducen a concepciones oligárquicas de la democracia: las ventajas de la apatía política y la desmovilización ciudadana; el problema de las escalas (la *democracia* real sólo es posible en ámbitos geográficos reducidos tales como la *polis*); la libertad de los modernos (valor de la privacidad y la libertad como consumidores frente a la libertad pública de discurso —la *isegoría* griega— sustanciada en el *ágora*); la complejidad (sólo los expertos, las élites pueden saber del *cuero* político); la reducción de la democracia al procedimiento (la calidad de la democracia está en representar al colectivo, es decir, en la transparencia y sofisticación de su sistema electoral y no en sus resultados), o del realismo político de la geoestrategia (nada puede hacerse frente al poder omnímodo de Estados Unidos).

Detrás no operan sino dos errores repetidos: en primer lugar, la tendencia a pensar lo que ocurre con las categorías que se conocen, construidas en la Guerra Fría para explicar la Guerra Fría, y que tienen como variable independiente una Norteamérica constantemente presente cuya hegemonía no es cuestionable; por otro, las dificultades para encontrar alternativas al funcionamiento electoral —incluso dentro del mismo— planteadas recurrentemente por la ciencia política hegemónica (Dahl, Sartori, Bobbio o antes Michels,

Leibholz y Ostrogrorski). Las tres retóricas de la reacción (Albert O. Hirschmann) contra la revolución francesa, contra el sufragio universal y contra la revolución rusa/Estado social —no se puede, no servirá para nada, empeorará otras cosas— se reúnen ahora en una batería intelectual cuyo objetivo es negar los cambios.²

Los problemas ligados a la representación, esto es, la autorización, la identidad y la *accountability* (Santos y Avritzer, 2005), no fueron tomados sino como desajustes fácilmente solventables. No se consideró que la autorización iba a ser retirada por la ciudadanía, hasta el punto de que hoy ganar elecciones no es ya una garantía de gobernar. Se dejó de lado el hecho de que la identidad iba a reclamar nuevos sujetos, nuevas formas de hacer oír su voz y nuevas articulaciones políticas que no se agotan en los sistemas tradicionales de partidos ni en el centrismo ideológico que difumina las ofertas electorales. No se prestó atención a la transformación de la rendición de cuentas, que iba a dejar de ser asumida como meramente electoral, de manera que los factores concomitantes al modelo hegemónico de partidos —corrupción, distanciamiento, saqueo estatal, economía exportadora— iban a tocar su fin al encontrar los pueblos formas de participación perdidas en el proceso de despolitización neoliberal. La *cartelización* de los sistemas de partidos (Katz y Mair, 1995), con sus correlatos de desafección con la democracia representativa, estaba bien a la vista y durante decenios. ¿Dónde explicar la recurrencia de esa ceguera epistemológica? Nótese que, a fin de cuentas, se trata, con varios decenios de retraso, de una versión de la democracia mínima de autores como Pareto, Schumpeter o Downs. En esa perspectiva, la escasa participación era señal de que la maquinaria estaba bien engrasada. En la misma senda, ahora se afirma desde esa politología acrítica que los escándalos —valórese simplemente los Presidentes procesados— son muestra de la emergencia de una

² Un caso emblemático reciente está en el estudio sobre élites parlamentarias dirigido durante diez años por Manuel Alcántara, sobre la base de cuatro mil entrevistas a políticos, y publicado por la fundación pública española Carolina en 2006. Llama la atención, en un estudio sobre los «políticos», que descansa sobre la idea repetida de que «los políticos importan», cómo no hay capítulos esenciales que permitirían explicar los cambios que acaecen en América Latina. Para ello haría falta un capítulo sobre la corrupción y las tramas delincuentes de la política (baste pensar en las relaciones entre el paramilitarismo y el Congreso colombiano salidas a la luz en diciembre de 2006); otro sobre la legislación privatizadora y los intereses ahí defendidos —emblemático en el parlamento de Carlos Menem o de Alberto Fujimori—, sobre las vinculaciones económicas de los parlamentarios (por ejemplo, todo lo que acompañó a la Banca de Protección al Ahorro —Fobaproa— en México) o su relación con las fracciones transnacionales de clase (Gonzalo Sánchez de Lozada en Bolivia). Renunciar a estas variables —con la voluntad de alejarse de explicaciones de clase— vuelve a «colgar del cielo» a los políticos, convirtiéndose esa investigación en una justificación más que en una explicación. En este sentido, se entiende que se afirme que «los políticos latinoamericanos han sido y son fundamentales para el devenir del régimen democrático en los países de la región en la medida en que su apoyo al mismo es constante y general para todos esos países. Dicho de otra manera, una de las causas del progreso de la democracia en la región en el último cuarto de siglo se debe a la asunción generalizada del credo democrático por parte de la clase política». Para terminar afirmándose la verdadera tesis sustancial: «los legisladores latinoamericanos tienen una visión mayoritaria de la democracia como régimen político que protege los derechos y las garantías individuales (...) una posición inequívocamente político-procedimental frente a otros que enfatizan componentes igualitarios o económicos» (Alcántara, 2006:373). En definitiva, una insistencia en un modelo que es precisamente el que está colapsando. Cf. igualmente Alcántara, 2004:7. En la misma dirección, M. Alcántara y Flavia Freidenberg en www.ndipartidos.org (consultado en enero de 2007). Para el argumentario conservador, Hirschmann, 1991.

nueva cultura política. El error de fondo de este planteamiento es que pretende sustanciar todo el problema de las democracias latinoamericanas en la *transparencia*, ignorando que el problema es estructural y que la desafección política no se solventa con cambios cosméticos sino que reclama transformaciones que implican la superación del propio sistema en algunos ámbitos esenciales (por ejemplo, cambiando toda la clase política, rompiendo las vinculaciones clientelares de las élites, reinventando el Estado de forma participativa o repensando la democracia representativa).

Como ocurriera con la República Democrática Alemana a finales de los años ochenta, cuando ninguno de los muchos departamentos que estudiaban a la Alemania oriental fueron capaces de ver, ni siquiera durante el mes en el que cayó el Muro de Berlín, el fin de la división de Alemania, ahora una suerte de *saramaguiana* ceguera vuelve a visitar de manera generalizada a una academia a la que le cuesta pensar al margen de la gestión política institucional en la que se desarrolla y referencia.³ La comparación no es exagerada, ya que en ambos casos nos encontramos con respuestas radicales emanadas de la ciudadanía y enfrentadas al poder político consolidado. Sin embargo, la importancia de la *sociedad civil* frente a los partidos políticos que ocupaban el Estado, válida para los países del Este de Europa, se convirtió en algo más problemático en América Latina, donde los partidos políticos institucionales venían respondiendo a lo que se esperaba de ellos por parte del pensamiento hegemónico. Pero cuando se pasa del ciudadano al cliente es necesario asegurar el nivel de compra, pues, de lo contrario, el paso es de ciudadano a excluido (Calcagno, 1999:284).

Expresado con más claridad: los sistemas políticos latinoamericanos reproducían el modelo de democracia representativa que garantizaba el mantenimiento del *statu quo* propio de la Guerra Fría, aunque el desarrollo de ese modelo hubiera coincidido con el despliegue de los Estados sociales y, en el caso latinoamericano, con su desmantelamiento (de ahí la relevancia y el interés por exportar el desmovilizador modelo de transición española al continente). La *sociedad civil* válida en un contexto se invalidaba en otro. En conclusión, lo que en las calles de Moscú, Georgia o Kiev eran revoluciones de colores, en las calles de Caracas, La Paz, Quito o el Distrito Federal eran expresiones de *ingobernabilidad*. La superación autocrática del Este de Europa recibió el beneplácito de la academia. Las transformaciones en América Latina fueron explicadas como *antipolítica*, un peligro dirigido por *outsiders*, y se resucitaba, hasta ponerla nuevamente de moda en colaboración con las empresas de medios de comunicación, la idea de *populismo*.⁴

³ La responsabilidad de los intelectuales en la recurrencia del modelo ha sido criticada repetidas veces. V. Borón, 2003. Para la irrealidad de los *DDR-Spezialisten*, Von Beyme, 1994.

⁴ La renuncia a la autoafirmación nacional y su sustitución por referencias democráticas formales fueron vistas como un avance estratégico de las fuerzas políticas y sociales transformadoras. Sin embargo, esa pérdida de identidad fragmentó a la sociedad, despojada de un

Pero los conceptos politológicos también son políticos. Si consideramos la incorporación de sectores excluidos y las transformaciones institucionales desarrolladas ¿no cabe hablar de *transición a la democracia* con motivo del acceso de un indígena al Gobierno de Bolivia? ¿No ocurre otro tanto con el proceso de redistribución de la renta, de cedulación, de participación ciudadana, de alfabetización y educación, de establecimiento de contraloría social, de inyección integral de la participación ciudadana puesta en marcha en la República Bolivariana de Venezuela desde la aprobación de su Constitución en 1999? ¿No cabe hablar de algún tipo de transición, de alguna forma de «aumento de la democracia» en la Argentina de Néstor Kirchner y su incorporación de las demandas de piqueteros y de organismos de derechos humanos, en el México del crecimiento de la protesta social y la reclamación de un nuevo contrato social, en el Ecuador de Rafael Correa y su afirmación nacional y respeto indigenista? ¿No hay cambios potencialmente telúricos en las reuniones latinoamericanas de nuevo cuño, como la que dio nacimiento a la Unión de Naciones Suramericanas (Unasur) en la I Cumbre Energética Latinoamericana (2007)?

Estas transformaciones sólo pueden entenderse en un contexto que tiene que liberarse necesariamente de las connotaciones propias de la *colonialidad del saber* (Anibal Quijano), que permita una comprensión cabal del momento político de la izquierda latinoamericana. Eso no significa que la alternativa esté exenta de riesgos. La falta de modelos políticos hace que el impulso político esté más guiado por lo que no se quiere que por lo que se quiere. La experiencia disponible ilumina principalmente sombras en el pasado (por eso plantea Santos impulsar una *sociología de las ausencias*, que haga visible lo invisibilizado intencionalmente). De ahí que el ensayo y error esté siendo una característica de los cambios, atravesados por una ciudadanía movilizadora que desbarata modelizaciones, comparaciones o usos simplistas de categorías tradicionales. El «inventamos o erramos» de Simón Rodríguez aparece ahora con toda su fuerza. Operando con la radicalidad del cansancio acumulado y con el conservadurismo propio de cualquier transformación social –sólo estrictamente revolucionarias en el discurso–; luchando entre lo viejo que no termina de marcharse y lo nuevo que no termina de perfilarse; mirando con firmeza necesidades presentes y errores cometidos en procesos anteriores; moviéndose con la relativa tranquilidad que da el hecho de que Estados Unidos embarrancó en el inicio del siglo XXI en la aventura genocida y suicida de la invasión de Iraq; incorporando la globalización como una realidad

referente simbólico que pudiera servir de cemento social. La recuperación actual de una retórica nacional se mira y analiza con sospecha. Recuerda en exceso a la propuesta habermasiana –ni siquiera eurocéntrica, sino estrictamente alemana– de un *Verfassungspatriotismus*, de un «patriotismo constitucional» frío, basado en los procedimientos, concretamente los recogidos en las Constituciones. Muy al contrario, la rearticulación democrática en América Latina incorpora necesariamente una reconstrucción simbólica de la identidad. Quizá el ejemplo más claro lo esté desarrollando Evo Morales, aunque es también lo que hay detrás de la refundación de Venezuela como República Bolivariana.

con la que no caben posiciones ludditas (frenar el desarrollo tecnológico) ni negacionistas, esto es, incorporando reconstrucciones regionales contrahegemónicas para reconducir el proceso globalizador; recuperando el control de sus recursos energéticos, minerales e hídricos, así como encontrando un renovado respeto a la biodiversidad; en definitiva, redefiniendo el contrato social a la búsqueda de una inclusión generalizada con el fin de pagar la deuda social característica de las sociedades latinoamericanas.

En este contexto, el papel desempeñado por la República Bolivariana de Venezuela reclama una atención especial. Pese a los intentos para crear una matriz de opinión que diferencia entre una izquierda *buena* y otra *mala*, la influencia del presidente Hugo Chávez sobre todo el espectro alternativo latinoamericano, desde la socialdemocracia al comunismo, desde el indigenismo al nacionalismo, desde el bolivarianismo al marxismo, es un hecho difícilmente cuestionable, reforzado si cabe con la reelección en diciembre de 2006 con una participación del 73 por ciento y el 63 por ciento de los votos, 25 puntos por encima de una oposición que, por vez primera en el último lustro, aceptó el resultado electoral.⁵

El siguiente paso planteado por el Presidente venezolano, justo tras la victoria en las elecciones presidenciales, fue la unificación de las fuerzas afines al proceso que lidera en un Partido Socialista Unido de Venezuela. Unificación que debiera solventar los dos problemas esenciales que constantemente ha señalado como freno del cambio: la ineficiencia y la corrupción, propios de un país en donde la construcción del Estado, desde la colonia a su reinención como gerente clientelar de la riqueza petrolera con Juan Vicente Gómez, le ha dado una condición «mágica» que ha impedido la institucionalización *weberiana* que se registra en otros países de la zona (Coronil, 2002). En el lenguaje militar que le identifica, Chávez proclamó en su toma de posesión que desenfundaba «dos espadas» para luchar contra esos dos problemas. Los diferentes partidos que concurrían electoralmente bajo el paraguas chavista se veían reclamados a la disolución e incorporación a una nueva formación política articulada desde las bases. A estas, organizadas y movilizadas con motivo de las elecciones presidenciales, les correspondía la reinención *consejista* de la nueva formación política. Vista la influencia de Venezuela en el ámbito latinoamericano, es indudable que este asunto cobra especial relevancia.

El principal problema de la ciencia política, el de la obediencia, tiene detrás el requisito previo de la homogeneidad social. Detrás del interés general, del cuidado de la socie-

⁵ La imagen e influencia de Chávez han sido sujeto de múltiples encuestas más o menos sofisticadas. El Latinobarómetro de 2005 se vio obligado a incorporar la valoración de líderes, donde Chávez siempre es el más controvertido (apoyos y rechazos). Por su parte, la revista *Nueva Sociedad*, auspiciada por la Fundación socialdemócrata alemana Friedrich Ebert, titulaba su número de septiembre-octubre de 2006 «América Latina en tiempos de Chávez». La revista *Time* organizó en diciembre de 2006 una encuesta a través de la red para nombrar al personaje del año. Cuando Chávez se acercaba al 40 por ciento de las preferencias, la revista suspendió la votación y concedió el galardón finalmente a los cibernautas.

dad como un todo, está el hecho de que toda agrupación humana que no descansa sobre algún valor compartido estará o bien organizada sobre la base del uso extremo de la fuerza, o bien sometida a fuertes tensiones centrífugas que la amenazarán como colectivo. En una mirada histórica que se remonta a varios siglos, vemos que este valor homogéneo ha obtenido diferentes respuestas repetidas: raza, religión, procedimientos, liderazgo, propiedad pública de los medios de producción, inclusión social... En contextos de desestructuración social como los que ha creado el neoliberalismo, con la enorme fragmentación construida, con la emergencia de identidades antaño ocultas, con las enormes desigualdades sociales, con la falta de protocolos institucionalizados de comportamiento público virtuoso, el abanico de soluciones se multiplica y complejiza.

¿Es el actual momento latinoamericano el de una recuperación de liderazgos populares fuertes? ¿Se trata de una reedición de formas caudillistas sobre la base de políticas clientelares o estamos ante un nuevo tipo de contrato social? ¿Es la solución a los problemas de representación en América Latina la rearticulación de nuevas formas sociopolíticas? ¿Puede nacer así una alternativa que concilie democracia directa y democracia representativa? ¿Hay una síntesis posible entre los partidos políticos y los movimientos sociales? ¿No hay, en cualquier caso, detrás de las transformaciones en América Latina un impulso electoral que las diferencia radicalmente de los intentos emancipadores que tuvieron lugar durante la Guerra Fría? El peculiar lugar que ocupa en el continente la Venezuela bolivariana, en especial, el curso emprendido *rumbo al socialismo* y la propuesta de superación de los problemas de la democracia representativa a través de un *partido de nuevo tipo*, permite, a través de su análisis, observar buena parte de las transformaciones en curso en América Latina. Es lo que pretenden mostrar las siguientes páginas.⁶

Dime contra quién andas y te diré quién eres: a vueltas con el sujeto político

*Hay espíritus que enturbian sus aguas para hacerlas parecer más profundas.
Friedrich Nietzsche
Así habló Zaratustra*

En política, cualquier orden siempre se construye contra sus alternativas (sus *enemigos*). Esto es válido para el nacimiento de los Estados, para la creación de los sistemas de partidos, de un tipo u otro de sociedad civil o para la inclinación ideológica de un régimen.⁷ Por

⁶ Repárese en que estas preguntas difieren tanto en énfasis como en contenido de las que han protagonizado la tarea de la ciencia social en los últimos decenios: presidencialismo vs. parlamentarismo; unicameralismo vs. bicameralismo; introducción del ballottage; ingenierías electorales —umbrales, *gerrymandering*, voto preferencial, una o dos vueltas, etc.—. financiación de los partidos; cuantitativización del análisis político, etc.

⁷ Es la base de la explicación de lo político en Carl Schmitt, pero también es el criterio seguido por Stein Rokkan en su desarrollo de los *cleavages*, de Michael Mann para dar cuenta de las fuentes del poder social, de Charles Tilly para explicar los orígenes de la formación

eso, un mismo camino, el de la emancipación, no tiene necesariamente que discurrir por los mismos senderos. Fue el error del modelo modernizador en los sesenta; es la falacia que hay detrás del mecanicismo de las etapas del crecimiento; es, como ha reconocido Joseph Stiglitz, el catecismo omnímodo, invasivo y violentador de los planes de ajuste en los ochenta y noventa impulsados por el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial y aplicados por doquier. Y también fue el error de una izquierda que desconoció las diferentes historias, composiciones sociales y valores de las diferentes poblaciones a las que quiso aplicar un modelo repetido. En las interminables discusiones de la sociología histórica se ha argumentado cómo diferentes sociedades civiles, propiedades de la tierra, pervivencias de la influencia de la Iglesia, proporciones de campesinado y de proletarios, articulación clientelar, influencia externa, consolidación de organizaciones obreras, entre otras variables, donde también tiene su responsabilidad el azar, condicionan una u otra respuesta popular al uso oligárquico del poder estatal. Es una tentación demasiado sencilla el intentar leer los procesos en América Latina desde la conformación política del Norte, agregándose como argumento determinante un buenismo eurocéntrico según el cual lo que ha sido «positivo» para el Norte ha de serlo para los procesos políticos del Sur. El elemento determinante para entender cualquier configuración política hay que buscarlo tanto en los recursos propios como en las características de aquello frente a lo que se construye. Traslaciones simplistas sólo funcionan como argumentos legitimadores de propuestas construidas *a priori*.

Otro tanto ocurre cuando se quieren trasladar a comienzos del siglo XXI nociones que nacieron para explicar sucesos de los años setenta. Allí donde el *populismo* quería explicarse sobre la base de la existencia de líderes carismáticos, una orientación nacionalista que identificaba pueblo y Estado y una propuesta de redistribución de la renta, hoy hay que entender que la participación popular, en una miríada de formas no reducibles ni a partidos ni a movimientos ni a agrupaciones ni a asociaciones, se ha incorporado de manera determinante en la reconfiguración política del nuevo siglo. La política de *tierra quemada* en la que desembocó el neoliberalismo generó anticuerpos sociales integrales, de manera que las respuestas lo son en todos los ámbitos de lo social (económico, político, normativo e identitario y cultural). La principal característica de los cambios políticos en América Latina tiene que ver con esa renovada participación. Si el neoliberalismo construyó intencionalmente, siguiendo las categorías de Hirschmann (1981), la «*salida*» del sistema, la ciudadanía ha regresado ejerciendo la «*voz*» y *saliéndose de la salida*, es decir, entrando desde ese *afuera* al que la había expulsado la utopía neoliberal. De ahí que la

estatal o, en términos de escuela, del marxismo, que recuerda que cada modo de producción crea su «propio sepulcrero». Es una simplificación presentar la confrontación «amigo/enemigo» como una desinencia del nazismo de Schmitt. Me he ocupado de esto en *El gobierno de las palabras. Crítica y reconstrucción de la política* (2007).

variable independiente que tiene que ser analizada en los nuevos procesos tenga que ser la participación. De ahí la sutileza que es menester ante cualquier simplificación que pueda ahogar la misma.⁸

«Un sistema unipartidista —decía a mediados de los años cincuenta Sigmund Neumann— es una contradicción en sus propios términos» (Neumann, 1956). Valga decir que el debate abierto en Venezuela sobre la unificación de las fuerzas afines al proceso de cambio nada tenía que ver en origen con pretensión alguna de instaurar un sistema de partido único como los desarrollados en los países del socialismo «realmente existente». Ciertamente es que la formación en Cuba de los jóvenes del Frente Francisco de Miranda generó al respecto confusiones, al recibir estos brigadistas, durante estancias de tres meses, instrucción desde esta perspectiva. Pero casi al tiempo que se lanzó la propuesta de avanzar hacia un instrumento político unificado se clarificó desde el Gobierno que Venezuela no camina hacia un modelo de partido único. Pese a eso, se insistió en esa matriz. Sólo en aguas turbias, recordaba Nietzsche, pueden algunos parecer profundos. Ha sido una constante, desde que las élites tradicionales perdieron el Gobierno en Venezuela, la estrategia de la confusión (posibilitada por el apoyo irrestricto de los medios de comunicación privados), con el momento álgido durante el golpe de Estado de abril de 2002 con la transmisión de películas de dibujos animados de Walt Disney mientras la población se echaba a la calle a reclamar el regreso del Presidente constitucional.

La discusión sobre el sujeto político —o más bien *sujetos*— de las actuales transformaciones pone encima de la mesa otras preguntas bastante más complejas. ¿Son necesarios «partidos únicos de la revolución» para caminar hacia la construcción del socialismo del siglo XXI? ¿Tiene sentido mantener partidos cuyo apoyo electoral está ligado al préstamo de la imagen presidencial pero que constantemente reclaman cuotas de poder administrativo como si fueran esenciales? ¿El minifundismo partidista genera pluralidad o clientelismo? ¿Pueden mantenerse y ahondarse las transformaciones en ausencia de clarificación ideológica, desorganización política y confrontación personalista dentro de los propios procesos? ¿Cómo tienen que ser las organizaciones políticas adecuadas a los cambios que están sufriendo el mundo del trabajo, el mediático, el Estado y la representación en el comienzo del siglo XXI? ¿Cuáles son los riesgos de una formación política unificada y

⁸ En toda novedad siempre hay retornos de cosas pasadas. Sin embargo, si bien es cierto que los años ochenta visualizaron una presencia de movimientos sociales a los que se adjetivó como «nuevos» —que en análisis optimistas como los de Alain Touraine se entendió como el advenimiento de un nuevo tipo de democracia—, los cambios cualitativos de todo tipo no permiten fáciles comparaciones que quieran zanjar la discusión afirmando que «no hay nada nuevo bajo el sol». El Movimiento al Socialismo (MAS) en Venezuela, el Partido de los Trabajadores (PT) brasileño, el Partido de la Revolución Democrática (PRD) mexicano, el sandinismo nicaragüense, la Izquierda Unida de Perú fueron todas agrupaciones políticas que reclamaban una presencia firme y oída de los movimientos sociales. El Foro Social Mundial, en marcha desde el año 2000, ha supuesto una revitalización y replanteamiento de estos intentos.

vinculada con el Estado en relación con experiencias como la del Partido Revolucionario Institucional (PRI) mexicano o los partidos marxistas-leninistas? Y por último ¿cómo se articula la política electoral y partidista/movimentista dentro de los cambios radicales del Estado que significan la creación de formas consejistas de participación?

Si en 1917 avisaba Lenin de los riesgos de las respuestas revolucionarias espontáneas sin una teoría correcta, hoy podemos afirmar que el debate lanzado por el presidente Chávez con la creación de un gran partido de la revolución no es tan solo un problema teórico, sino una reflexión eminentemente práctica que debe alimentarse de la experiencia concreta. No puede resolverse con la resurrección de modelos que roben años en una nueva discusión bizantina, camino de la nada a través de la interpretación de una palabra, sino que debe pensarse y actuarse desde las numerosas experiencias que brinda el siglo pasado y las nuevas exigencias del que nace. El socialismo del siglo XXI tiene, como principal certeza, que no es el socialismo del siglo XX. Y, por tanto, tampoco puede realizarse con instrumentos que ya eran inservibles para la emancipación en el siglo que hemos dejado. Ciertamente es que las preguntas del poder siempre son las mismas, pero mirar hacia atrás en busca de las respuestas condena a la inmortalidad de las estatuas de sal. No vale hacer lo mismo que se ha hecho en el pasado y pretender conjurar los riesgos recurriendo a una supuestamente renovada teoría que haga de antídoto contra los errores de ayer.⁹

La *polis* es diálogo, sostenía Platón. La sospecha de que el adversario puede tener algo de razón ayuda a la moral democrática, además de que sirve para crear un control sano de la gestión política. Aún más cuando la crítica es interna, es decir, cuando se expresa desde la asunción de los presupuestos básicos pero se discrepa de los tiempos, la eficacia, la coherencia, las alianzas o la estrategia. El juego político democrático tiene que recoger la pluralidad que existe en la sociedad, a no ser que quiera forzar y encajonar la representación popular que, por definición, es diversa. Explicó Hegel que la negación siempre formará parte de la solución. El pensamiento dialéctico enseña que persistentemente hay fragmentos de verdad en posiciones enfrentadas. Para lo que tiene que servir la teoría es para clarificar y ayudar a la toma de decisiones haciendo justicia a las posiciones, y usando la evidencia empírica y la lógica para separar el grano de la paja, para identificar, en cualquier perspectiva, lo que es pereza intelectual, grosería ideológica, mero interés

⁹ Es, entiendo, la dificultad que presentan planteamientos como los de William Izarra sobre lo que llama, con exceso, partido único (en vez de partido unificado) en Venezuela. No basta desear las cosas diferentes para hacerlas diferente. El leninismo, y más aún el marxismo-leninismo, nunca fue esperado por Lenin, sino algo sobrevenido y, al final de su vida, rechazado, aunque determinados pasos dados (pensemos en la represión de Kronstadt o la supresión de las fracciones) adelantaban las conclusiones. Cuando se quieren solventar problemas sociales, la urgencia es una invitación permanente a tomar atajos. Invitación que sólo se rechaza cuando existen controles sociales e institucionales para evitarlo. Pueden consultarse los trabajos de Izarra sobre lo que llama «partido único» en las siguientes páginas electrónicas: www.rebellion.org/noticia.php?id=38312; www.rebellion.org/noticia.php?id=37851; y www.rebellion.org/noticia.php?id=37558.

particular o estrategia consciente emancipadora o egoísta. El comienzo del fin del socialismo realmente existente empezó cuando se empezó a solventar los problemas acusando a los críticos de contrarrevolucionarios y enemigos del pueblo. Cuando se quiere mucho a las ideas, lo mejor es que haya muchas.

Los partidos nuevos, como ocurría con el *hombre nuevo* del guevarismo, no son sino los partidos viejos en circunstancias nuevas. El problema del socialismo de tipo soviético no fueron los aparatos, sino la ausencia de participación. Una participación que, encuadrada en un partido unificado que pasa a significar la ortodoxia ideológica, tiene las ventajas funcionales de las estructuras pero igualmente sus rémoras (no siendo la menor el *trágala* inicial que representa). Los partidos los configuran personas, con su genio y sus miserias. Es una losa de las organizaciones la falta de diálogo intergeneracional (en términos más prosaicos, el hecho de que los más mayores siempre son renuentes a dejar espacio a los más jóvenes). ¿Son posibles esas circunstancias nuevas que construyan una nueva organización en el renovado contexto latinoamericano? Volviendo a Venezuela, lo que muestran a día de hoy las estructuras políticas y sindicales de la V República no es muy halagüeño. Como se ha planteado, lo viejo no termina de marcharse y lo nuevo no termina de llegar. ¿Puede conjurarse el *peligro* de repetir con mimbres semejantes un cesto similar?

Mientras el debate va construyendo una nueva hegemonía, parece más inclusivo el hecho de que «florezcan mil flores y se abran mil escuelas». Los partidos que se quieren *únicos* pecan de lo mismo que peca el *pensamiento único*, la *verdad única* o la unicidad que hay detrás del «no hay alternativa» del credo neoliberal. Un «partido unificado de la revolución» que no sea constante flujo, que no se arme y desarme continuamente, que no se adapte con total flexibilidad a los reclamos de la sociedad civil organizada y crítica se convertiría en una cárcel de la participación popular que tendría que afrontar su disenso enfrentándose al referente político institucional y oficial de la revolución. La búsqueda de la eficacia volvería a devorar la exigencia de democracia. Sería un atajo. De ahí que un partido para el socialismo que no haya clarificado los objetivos del socialismo se convierte en una carcasa que pone el arado delante de los bueyes.¹⁰ De lo contrario, no existirán referentes claros para diferenciar el disenso ideológico del personal, a lo que hay que añadir las alianzas necesarias que se construyen siempre dentro de las organizaciones. Son evidentes los riesgos de que los enfrentamientos internos –inevitables– devengan en luchas intestinas en nombre de la «interpretación correcta» de la verdad, renovando el mecanismo de las purgas. Y desde fuera, cuestionar la dirección del aparato,

¹⁰ Sobre la necesidad de la discusión previa acerca del socialismo, véase Edgardo Lander, «Creación del partido único ¿aborto del debate sobre el socialismo del siglo XXI?», disponible en www.aporrea.org/ideologia/a28743.html (25 de diciembre de 2006).

en cualquiera de sus niveles, sitúa a los particulares, no enfrente de otros particulares, sino enfrente del aparato entero que orienta el sistema político y dirige las riendas del Estado.¹¹

Sin olvidar otra enseñanza que nos ha legado el siglo que se fue: cada paso que se da en una nueva situación prefigura cómo va a ser el nuevo modelo. La dictadura del proletariado, como etapa de transición, llevaba la huella de la dictadura de la nomenclatura que ahogó el socialismo del siglo XX. Tolerar las vejaciones prepara el uso de la tortura y anuncia las posteriores ejecuciones. Pequeñas corrupciones prefiguran un régimen corrupto. Pequeñas redes clientelares prefiguran un sistema clientelar. Pequeñas ausencias de participación prefiguran un sistema autoritario. Pequeñas arbitrariedades prefiguran un régimen autoritario. Aunque sea con la mejor de las intenciones. Lo advirtieron Robespierre, Rosa Luxemburgo y Trotsky: la organización política sustituye a la sociedad, el Comité Central sustituye al Partido y el Secretario General (un *dictador* en expresión de Trotsky) sustituye al Comité Central. Los tres se enfrentaron a organizaciones políticas que confiaron poco en el pueblo y que hicieron imprescindibles a líderes que despreciaban a la ciudadanía. Les fue mal a ellos y también a sus países.

Pero no hay espacio para la ingenuidad: tan mal como a aquellos otros países incapaces de organizar liderazgos respetados y apoyados. ¿Está la alternativa entre la debilidad de las posibilidades de la emancipación cuando no existen liderazgos capaces y, enfrente, una fortaleza que pivota crecientemente sobre referentes únicos que dejan de escuchar las voces plurales de una sociedad igualmente plural? Para cada problema complejo siempre hay una solución sencilla pero equivocada. Se trata, por tanto, no sólo de solucionar problemas, sino también de problematizar las soluciones.

Tras el conformismo y la desesperanza: las débiles bases de la democracia latinoamericana

La traducción por los intelectuales del más monstruoso proyecto histórico del capitalismo a un proyecto aceptable para las masas, con medidas que aquellos avalan y estas no entienden en su contenido real sino largos años después, es un proceso que el verdadero sociólogo tiene que denunciar, desestructurar y someter a una teoría explícita capaz de construir alternativas con las mayorías y para ellas.

Pablo González Casanova,
La trama del neoliberalismo: una introducción

Un lugar recurrente en Europa es la consolidación de la democracia representativa como formas oligárquicas de organización política. Los principios de organización de lo que se llama *gobierno representativo*, débiles en los países en los que se crearon, son desvirtua-

¹¹ Como dice Isabel Rauber, se trata de construir una unidad «que reconoce la verdad como una resultante histórico-social (cambiante) de verdades parciales que existen (están presentes) y se expresan fragmentada y entremezcladamente en los pensamientos, en las prácticas y realidades de los distintos actores sociales» (Rauber, 2006:136).

dos en América Latina hasta quedarse en mera carcasa legitimadora del poder. La elección de los gobernantes por los electores, la independencia de los representantes en contraposición al mandato imperativo del Antiguo Régimen, la importancia de la opinión pública o el carácter deliberativo de las asambleas parlamentarias a la búsqueda de la toma de decisiones sobre la base del diálogo, ámbitos invalidados en el marco europeo que los creó sobre la base de sucesivas revoluciones (Manin, 1992:12-22), son apenas sombras en el caso latinoamericano, donde el Estado, lejos de ser una construcción desde la sociedad es una imposición superestructural donde se articulan de manera compartida expectativas de las élites criollas e intereses seculares de las colonias (González Casanova, 1998).

La discusión partidista en América Latina tiene necesariamente que ser una discusión acerca del lugar y papel que ocupará un Estado que sumó a su déficit democrático histórico los efectos perversos de la globalización neoliberal. Como sostiene Kenneth Roberts,

La combinación de hiperinflación, austeridad económica y ajustes estructurales orientados al mercado, transformaron las relaciones sociales, rompiendo a menudo los lazos que los partidos habían forjado con los actores de la sociedad a mediados del siglo XX, en la etapa del desarrollo de la industrialización sustitutiva de importaciones (Roberts, 2002:55).

A comienzos de este siglo, Marcelo Cavarozzi y Esperanza Casullo se preguntaban cómo es que podía hablarse de crisis de la política en «el momento de mayor extensión de las instituciones democráticas de América Latina» (Cavarozzi y Casullo, 2002:9). Detrás de esta expresión —lo que lleva a confusión— no está sino lo que tendría que denominarse, en honor a la verdad, «crisis de la política liberal definida desde el Norte, para el Norte y por el Norte», por mucho que algunos autores, desde su voluntad de desear lo mejor para el continente latinoamericano, terminen cayendo en formas de eurocentrismo que en nada colaboran ni para el diagnóstico ni para la terapia (es el caso de Alain Touraine, para quien el adjetivo *democrático* sólo es comprensible dentro del marco de partidos y parlamentos tradicionales, reservando para las soluciones alternativas la expresión, llena de intención peyorativa, «ilusión neocastriista») (Touraine, 2006).

Como ha recordado recientemente Noam Chomsky (y viene siendo un argumento recurrente de los estudiosos de la globalización), la principal causa de la diferencia entre el desarrollo asiático y el estancamiento latinoamericano hay que buscarla en el diferente papel desarrollado por el Estado en uno y otro lado.¹² En América Latina, a unos Estados concebidos inicialmente para satisfacer los intereses de la metrópoli, se les fue añadiendo

¹² Chomsky ha vuelto a esta idea recientemente en «Latinoamérica declara su independencia», disponible en www.rebelion.org/noticia.php?id=39222.

posteriormente un entramado clientelar que entendía la administración como un *Dorado* efímero al que había que asaltar mientras se ejerciera algún cargo. Ni el imperio de la ley ni la división de poderes ni la autonomía del Parlamento existieron con la fortaleza que permitió construir los Estados sociales europeos. La debilidad estatal iba en paralelo a una debilidad republicana generalizada. Esta anemia cívica se traducía en la débil conciencia respecto de lo público, en el pervertido sistema de partidos (representando principalmente intereses oligárquicos), en la corrupción electoral y la compra del voto, en la ausencia de independencia judicial, en la inexistente competitividad empresarial, en el poder omnímodo de los medios de comunicación, en la venalidad y ligereza intelectual, en la represión constante de la disidencia. Todos estos aspectos, autoritarios y excluyentes bajo formalidad democrática, oscilaban, por su propia flojera, entre el maquillaje constitucional y las salidas autoritarias y militaristas, estas últimas constantes cuando las respuestas populares pretendían superar los cuellos de botella recurrentes del modelo excluyente. Cuando las élites acordaban perpetuar esa situación, se completaba la perversión, transformándose el Estado en un Leviatán hobbesiano, consagrado a una violencia al servicio exclusivo de mantener el orden social de los privilegiados (es el caso de la Venezuela de Punto Fijo, donde un ropaje democrático, que implicaba en su momento un avance, crecientemente se alejó del *gobierno por el pueblo y para el pueblo*).

Muy al contrario, América Latina se ha caracterizado por unas élites atentas tan solo a satisfacer los requisitos del *imperio* de turno, ayer el ibérico y hoy esa lógica neocolonialista que construyen los países ricos, principalmente Estados Unidos, y que después les permitía recoger las migajas del banquete. Es necesario entender que en América Latina los payasos han defendido con más vehemencia la empresa que los dueños del circo, con apenas un único espectáculo aplaudido por el público: la reducción de la inflación (mas no siempre y no en todos los casos). Los *fondomonetaristas* y *bancomundialistas* más ortodoxos siempre han estado en los equipos económicos de las naciones suramericanas, responsables de convertir las economías en modelos exportadores, aunque se descuidase la alimentación del pueblo; de fomentar la apertura de fronteras, lo que ha implicado la desestructuración de los mercados internos; de vender la propiedad pública, forma indirecta de regalar a grupos privados las riquezas nacionales; y de impulsar la firma de tratados de libre comercio que entregan los países a las grandes corporaciones transnacionales. Es por esto que a América Latina le ha costado tanto mirarse a sí misma, encontrarse a sí misma, cuidarse a sí misma. Como ha recordado Galeano, mientras los leones no tengan sus propios historiadores, la historia de las cacerías la seguirán escribiendo los cazadores.¹³

¹³ El modelo neoliberal es un nuevo contrato social que nace para enfrentar con los argumento liberales no el feudalismo, sino la extensión de los Estados sociales. A partir de los años setenta, este modelo, ampliamente generalizado, se ha nutrido esencialmente de

Salvo excepciones en algunos países y en algunos momentos, el continente latinoamericano no ha sido dueño de sus decisiones. Valga decir que la soberanía nacional es más un mito que una realidad. Ni siquiera en los países supuestamente poderosos se somete a las elecciones otra cosa que lo adjetivo. Ningún país ha presentado como opción la democratización radical de sus cuerpos de seguridad, las grandes riquezas, las empresas de medios de comunicación de masas, la Iglesia o los organismos internacionales. Pero conforme se viaja del centro a la periferia el problema se agrava. En América Latina, la democracia no ha sido garantía ni de derechos civiles ni de derechos sociales. Cuando América Latina recuperó el pulso de las democracias formales en los años ochenta, este cambio coincidió con la hegemonía neoliberal. El derecho al voto venía acompañado, una vez más, con el derecho al hambre, al desempleo, a la enfermedad y a la miseria. Y una vez más, el compromiso político de la población se distanciaba del modelo liberal burgués. La ciencia política del Norte empezó a definir esa desafección. Es ahí donde se reelabora el concepto de *caudillismo*, de *populismo*, se adjetiva el *indigenismo* como *radical*, o se generaliza desde los organismos internacionales, como meta política, la búsqueda de *gobernabilidad*, un concepto que sólo se puede aplicar cuando hay pueblo en la calle pero no cuando, por ejemplo, el 50 por ciento del pueblo está en el nivel de la pobreza, pero, claro está, no protesta.

La falta de alternativas que él mismo construye. De ahí que su principal éxito sea el discursivo. Su práctica ha dependido de los mimbres sociales y políticos existentes para frenar su aplicación. Este freno, mientras tuvo su mayor éxito en Europa y Asia, experimentó un rotundo fracaso en América Latina y África. Por eso los efectos han sido allí más devastadores. La política neoliberal salió de estación en los momentos finales de la Segunda Guerra Mundial como forma de oposición al keynesianismo laborista inglés. Su principal teórico, el austriaco Friedrich Hayek, publicaba en 1944 *Camino de servidumbre*, poniendo en el mismo platillo de la balanza al fascismo hitleriano y a lo que se presentaba como *liberticidio* laborista perpetrado desde un Estado intervencionista. Sin embargo, no sería hasta 1973 que encontraría una versión práctica tras el golpe de Estado en Chile contra Salvador Allende dirigido por Augusto Pinochet y auspiciado por Estados Unidos. Posteriormente, el neoliberalismo sería exportado al mundo desde la experiencia thatcheriana a partir de 1979 (servido espiritualmente por el anticomunismo de Juan Pablo II). El programa neoliberal buscaba principalmente cinco objetivos: equilibrar las cifras macroeconómicas, especialmente a través del control de los precios (y una vez señaladas las variables monetarias como las realmente relevantes); aumentar las ganancias empresariales —bajo el presupuesto de que la «tarta» debía primero crecer para después poder repartirse—; incrementar inicialmente el desempleo —con el fin de lograr una «tasa natural» de paro que debilitase a los sindicatos y forzase a la baja a los salarios—; crear una estructura social desigual que incentivase el esfuerzo y el aumento de la productividad; integrar a las fracciones de clase globales en el modelo mundial de acumulación, utilizando para ello, cuando fuera menester, la guerra o los preparativos para la misma. Las propuestas del llamado Consenso de Washington—privatizaciones, liberalización fiscal, apertura de fronteras, reducción del gasto social, desregulación laboral y garantías de la propiedad privada— precisaban de una mutación del Estado que dejase todo el espacio libre posible tanto a un mercado crecientemente inmanejable como a las empresas. Esta transformación estatal es lo que en ocasiones se ha identificado como crisis del Estado nación —a menudo naturalizada como devenir necesario por el desarrollo tecnológico propio de la globalización— pero que, en realidad, es más correcto entender como la rearticulación del sistema de dominación a la nueva forma global de acumulación. Esta iba a asentarse en la especulación financiera y no en la inversión productiva. Mientras que el Estado mantenía la responsabilidad de garantizar la propiedad privada y el orden social nacionales, crecía un complejo Estado transnacional que respondía a las necesidades de una economía que ya no atendía a los patrones propios de los siglos anteriores. Los cambios en el patrón de acumulación explican que los resultados, lejos de los inicialmente planteados —salvo en el caso de la hiperinflación—, no fueran sino el aumento tanto de la pobreza como de las desigualdades sociales y la consiguiente fragmentación e incremento de la violencia social. Puede consultarse Monedero, 2003.

Los partidos y la democracia liberal

La política, maltrecha, con sus ropas desgarradas, se ha refugiado hoy en el territorio, en las relaciones sociales más estrechas, en las comunidades, en las asambleas barriales.

Guillermo Almeyra,
«El dificultoso no-asalto al no-cielo»

Sólo renunciando a gestionar los Estados nacionales actuales, optándose por una administración política local que pueda ser viable socialmente, es factible renunciar táctica o estratégicamente a los partidos políticos. Los partidos son un elemento esencial del funcionamiento de la democracia realmente existente y de la democracia realmente imaginable en el corto y medio plazo. Esto no los hace virtuosas organizaciones limpias de cualquier sospecha. Las hace, simplemente, esenciales para el funcionamiento de la democracia en sociedades complejas que heredan, por lo general, siglos de vida en común y una trama muy tupida de interrelaciones. Muy al contrario, como todo órgano vivo, los partidos tienden a crecer sin medida, desembocando, de no mediar una inteligencia superior, en *metástasis* cancerosa. Como toda estructura organizativa, tienen una ventaja adaptativa que les permite imponerse a otras formas de organización débil y, principalmente, a las formas de *desorganización*. Es una ventaja de los partidos que comparten con el Ejército, la Iglesia, las empresas o las organizaciones internacionales. Las articulaciones sociales espontáneas, en el mejor de los casos, pueden ser de una gran utilidad para derribar un orden injusto o para dar respuesta en procesos de desestructuración tales como los que generó el neoliberalismo (como ocurrió con el trueque en Argentina o con algunas misiones en los primeros momentos de la V República en Venezuela), pero una vez superado ese momento de crisis, se reclaman formas más elaboradas, permanentes y previsibles de organización.¹⁴

Para el argentino Torcuato Di Tella, los partidos, por su estructura organizativa, son la nueva aristocracia de la *polis* moderna, los que cumplen la función que en la *polis* griega le correspondía a la élite de los mejores (*aristos*). Los partidos articulan los Gobiernos que dan «orden y dirección al conjunto», legitimados, además de por su gestión eficiente, por las elecciones. Son los que van a seleccionar a la dirección colectiva, incluso cuando viene de fuera de los partidos, y canalizan, al tiempo que ayudan a conformar, la voluntad popular. En el corto plazo no hay alternativa a esta realidad. Es necesario saberlo para equilibrarlo.

Como ya adelantara Aristóteles, la aristocracia, ese *gobierno de los más cualificados*, deviene en oligarquía cuando el *demos* la pierde de vista cotidianamente, cuando deja de controlarla más acá de las elecciones. «¿Quién vigila al vigilante?», se preguntaba Cicerón.

¹⁴ El control final de los partidos por una oligarquía férrea era una ley planteada ya por Michels en 1911 en su trabajo clásico sobre los partidos políticos. Más recientemente, ha insistido en esta idea Klaus Von Beyme en *La clase política en el Estado de partidos* (1995).

Sabemos que, al igual que ocurre con todo lo que necesitamos en la vida social, le corresponde a toda la sociedad, y no a un grupo, mantener vivos los valores que la mantienen unida (es una idea que, perdida de vista por la fragmentación liberal y neoliberal, se ha recuperado por una puerta falsa como *capital social*). Durante buena parte del siglo XX, los partidos fueron, junto a los sindicatos, el principal instrumento que tenía la ciudadanía organizada (especialmente como clase obrera). Pero con el creciente incremento de las funciones estatales, los partidos fueron, poco a poco, convirtiéndose en instrumento del Estado y no de la sociedad civil de donde emanaban. Como aparato del Estado, el sistema de partidos se cartelizó, radicalizando la separación con las bases al obtener sus recursos materiales y simbólicos de la administración, de la gestión del Estado y de los medios de comunicación (Katz y Mair, 1995). Un Estado que gestiona el 50 por ciento del Producto Nacional Bruto de un país reclama una atención permanente y especializada (porcentaje que se reduce drásticamente en América Latina, más cercana, como promedio, a las proporciones de África y Asia). Fue entonces cuando la sociedad, en ausencia de unos partidos que ya no actuaban como intermediarios entre la sociedad y el Estado (pues eran ellos mismos *Estado*), generó unos nuevos *anticuerpos*: los movimientos sociales. Pero los partidos, junto con la lógica estatista y capitalista, terminaron devorando igualmente a los movimientos y las organizaciones no gubernamentales (ONG). El tercer momento de esta progresión, el reencuentro de partidos y movimientos, está aún abierto.

El agotamiento del modelo de partidos

Cuando algo es necesario e imposible, hay que inventar una nueva dimensión.
Jesús Ibañez

Los partidos, como parte de la sociedad y gestores del Estado, son un reflejo tanto de los conflictos sociales como de esa estructura institucional en la que se incardinan. No puede ser igual un sistema de partidos en Estados que manejan la mitad de la riqueza de un país que en otros en donde apenas se gestiona un 20 por ciento de la misma. No puede ser igual un sistema de partidos que asume la responsabilidad de la reproducción social, que otro que asume su impotencia frente a los mercados financieros internacionales. La lectura social de los partidos políticos no puede ser la misma allí donde funciona algún tipo efectivo de rendición de cuentas que revierte en formas más equilibradas de la renta, que en otro lugar donde el entramado político no es sino una red de intereses clientelares. No es el mismo Estado el que se precisa para garantizar la acumulación económica de las élites que un Estado que se dispone a pagar la deuda social acumulada de un país. Sin embargo, no sólo en América Latina, sino también en Europa, existe una creciente distancia entre los

parlamentos, los partidos políticos y la ciudadanía. Tanto en un lugar como en otro, esa descomposición se solventa bien con un creciente abstencionismo y desafección política, bien con el nacimiento de liderazgos fuertes capaces de frenar las tendencias centrífugas gracias a una confianza personal que acerca las democracias a formas plebiscitarias. El alejamiento de los lugares tradicionales de la democracia es constante en prácticamente todos los países, salvo en aquellos que mantienen Estados sociales efectivos o se han enfrentado a elecciones con un alto grado de politización al concurrir circunstancias especiales (existencia de un candidato *fuera del sistema* o que supone una amenaza a un amplio sector de la población, o en caso de que la polarización esté dirigida más para evitar que salga un candidato que para apoyar a otro).¹⁵

Algunos ejemplos ilustran esta novedad. El 70 por ciento puede declararse en Venezuela «contento con su democracia», pero no acudir a votar a sus diputados y diputadas en la Asamblea Nacional. Más del 90 por ciento del Parlamento francés puede votar a favor de la Constitución Europea, pero si se somete a referéndum es derrotada por la votación popular. Líderes que se entienden como «ajenos al sistema», ganan elecciones con gran apoyo popular al margen de los partidos tradicionales e, incluso, al margen de un partido consolidado. O, regresando de nuevo a una democracia consolidada, tras las elecciones francesas de mayo de 2007, por vez primera se recibió al ganador con manifestaciones callejeras, quema de coches y enfrentamientos con la policía. Mientras que en el siglo pasado los conflictos sociales se canalizaron a través de los Parlamentos y del juego electoral, el siglo XXI está reclamando otras formas de participación política. Como sostiene Rigoberto Lanz, la posmodernidad está llamando a la puerta también en el caso de los partidos políticos. Hay bastantes probabilidades de que América Latina pase del siglo XIX al siglo XXI sin haber nunca consolidado el modelo parlamentario y partidista propio del campo occidental durante el siglo XX. En expresión de Laclau: «Las consecuencias de esta doble crisis (militarismo y economía neoliberal) son claras: una crisis de las instituciones como canales de vehiculización de las demandas sociales, y una proliferación de estas últimas en movimientos horizontales de protesta que no se integraban verticalmente al sistema político» (Ibid.).

Pero esto es sólo un síntoma de una función rota, no de una solución alternativa. Como se vio en Argentina, el *que se vayan todos* no significa sino que vuelvan los que sean

¹⁵ Las democracias de partidos vienen siendo catalogadas como plebiscitarias desde los años treinta del siglo pasado. La importancia de los liderazgos y la intrascendencia de los militantes ya estaba apuntada en el trabajo señalado de Robert Michels. La entrada de los medios de comunicación en las campañas, hasta hacerse el factor esencial, completan ese viaje. Calificar ahora de plebiscitarias a las democracias, aun siendo cierto, oculta que esa tendencia estaba inscrita en el modelo liberal. La diferencia, ahora, la hace a quién se apoya desde los diferentes *establishments*. Como dijo Roosevelt de Somoza, «es un hijo de puta, pero es nuestro hijo de puta», o, en palabras más amables de Ernesto Laclau, «Es característico de todos nuestros reaccionarios, de izquierda o de derecha, que denuncien la dictadura en Mario pero la defiendan en Sila». V. Laclau, 2006.

capaces de estructurar una respuesta (donde «los de siempre» tienen más facilidades para gestionar el poder político concreto, esto es, el Estado). Atendiendo a su trayectoria anterior, podemos afirmar que sólo debido al desarrollo concreto de las luchas sociales se sensibilizó el gobierno de Kirchner con las demandas sociales, tanto en lo económico como en lo que atañe a los derechos humanos. La confusión propia de la crisis de paradigma actual, de este momento de indefinición entre el pasado y el futuro, lleva a un momento de *ensayo y error* que tiene la virtud de abrir nuevas vías pero también el riesgo de cometer errores —alejamientos de la meta trazada— difícilmente reparables.

No es gratuito que los cambios políticos profundos que están afectando a América Latina se inicien en esta nueva fase con cambios constitucionales. El yermo que ha dejado el neoliberalismo en el continente reclama cambios a la altura de lo deshecho, estructurales pero no violentos. La alternativa tiene que ser, pues, constituyente. Los cambios, como venimos defendiendo, no son simplemente económicos. Hay una respuesta integral, *holística*, que quiere recrear la vida social desde parámetros diferentes en lo económico, en lo cultural, en lo político y en lo normativo. No se trata de poner parches a los rotos neoliberales. Es momento —basta ver los contenidos de las alternativas— de reinventar otra economía, otra articulación política, recuperar y reinventar los lazos culturales y las identidades, así como replantear las obligaciones normativas. Es por esto que los indicadores tradicionales nunca van a poder medir ni dar cuenta de las nuevas transformaciones. La reconstrucción democrática va a necesitar una reconstrucción de los indicadores sociales (El Troudi y Monedero, 2006).

Las instituciones, como ya hemos señalado, son trasuntos de los pueblos en donde se desarrollan. La falta de consonancia entre Gobierno y pueblo termina siempre en alguna forma de ajuste donde ambos se reencuentran. Los Estados tienen vocación de permanencia y por ello necesitan legitimarse. Una parte puede entregarse a la violencia y otra parte a la rutina, pero es necesario construir tanto la justificación de la obediencia como la inclusión ciudadana que garantice el orden social. Las elecciones siguen desempeñando aquí un espacio esencial, con el añadido de que los pueblos están empezando a desarrollar una *accountability* movimentista que exige resultados concretos en el corto plazo. Estamos ante una reconstrucción del contrato social que nace de la negación del contrato social neoliberal.

Esto no quiere decir que todo el pueblo tiene que inclinarse hacia una misma opción partidista. El carácter periódico de las elecciones busca confiar la dirección política a diferentes opciones que respondan a las exigencias de la representación. Pero sí es obligatorio que haya un acuerdo general sobre las reglas de juego. Cómo una minoría se transforma en mayoría forma parte de la discusión acerca de los requisitos de una verdadera democracia. Al tiempo que la democracia tiene derecho a defenderse de quienes quieren acabar

con ella, debe incorporar la contingencia del acuerdo social, es decir, la posibilidad real de que cambien las reglas del juego. El poder constituyente se define con voluntad de permanencia pero está sometido a la decisión popular de cada día. Es un lugar común decir, en el caso de la II República Española (1931-1936), que se trataba de una república sin republicanos. Vale igual para crear un socialismo sin socialistas. Cuando un Gobierno está *por delante* del conjunto de la población —por ejemplo, forzando la marcha de la emancipación—, o invierte en consciencia democrática de manera urgente o el viento de la historia lo barrerá. Y ni siquiera así tiene garantías de éxito. Hay en la América Latina del cambio un *neoliberalismo sociológico* que afecta a varias generaciones. Aprender Poder Constituyente y Democracia en las escuelas es un requisito de la paz social en el marco político renovado. Si no se comparten las reglas generales de juego, la sociedad está en peligro. Y no basta decretar su importancia. La democracia no es una idea que se asume, sino una creencia que se vive muy desde dentro. Lejos de la linealidad de la construcción de ciudadanía que planteó Marshall, las transformaciones democratizadoras siguen estando fuertemente amenazadas.

Oportunidades, confusiones y riesgos de los nuevos partidos unidos

Aquel que crea falsas leyendas revolucionarias para el pueblo, aquel que le divierte con historias cautivadoras es tan criminal como el geógrafo que traza mapas falaces para los navegantes.
H.P.O. Lissagaray,
Historia de la Comuna

La confusión de la época, malentendiendo el argumento calvinista que vinculaba bienestar y predestinación, enreda estérilmente riqueza y felicidad. Es obvio, salvando lecturas metafísicas, que mientras que la felicidad es el fin, la riqueza no sería sino un medio posible. Algo similar podemos decir que ocurre con los partidos y las metas. Lo relevante es hacia dónde se va —la estrategia—, y los partidos son meros instrumentos —la táctica—. Pero al ser los partidos el único instrumento del que gozó la clase obrera, fueron hipostasiados en la izquierda. No poco ayudaría el hecho de haber concentrado mucho heroísmo en los momentos difíciles para la democracia, además de, con el tiempo, ser los únicos capaces de articular respuestas amplias a los múltiples desafíos de una sociedad compleja.

Los partidos de izquierda no pueden ser, por tanto, sino tácticas de la estrategia emancipatoria. La confusión entre democracia y democracia representativa ha terminado entregando a las elecciones el ser medio y fin al tiempo. La táctica es votar a un partido político. La estrategia, que sus cúpulas gobiernen. Al final, los partidos, enredados en la gestión técnica del Estado y las elecciones, lejos de la fiscalización ciudadana, han perdido sus referentes sociales transformadores. Es momento de repensarlos. Como venimos plantean-

do, la quintaesencia del error es pretender llegar al puerto con un mapa equivocado o con un barco defectuoso. O dicho en otros términos, es momento de entender que los partidos son necesarios, pero que vienen cargados de problemas estructurales ligados a su propia constitución. Esa condición estructural hace siempre más fácil que vayan por detrás de sus sociedades. De la misma manera que siempre se correrá el riesgo de que haya partidos que, por su condición generalista, se presenten como la «patria», reservando a los demás la condición de «antipatria». Los riesgos de los partidos, como de la política, no se conjuran dejándoselo a una proporción declinante de militantes y a los políticos profesionales.

Todos los cambios electorales en América Latina tienen algo de *salto*; de manera simplificadora, podríamos decir que bien por el tiempo transcurrido hasta que la izquierda llegó al poder (Brasil, Uruguay), bien por la promesa de nuevas formas contrarias al poder tradicional (Ecuador), bien por el desafío ciudadano que implicaban (Chile), bien por la incorporación de sectores secularmente excluidos (Bolivia), bien por las características del liderazgo y la participación popular incluso en casos extremos (Venezuela), bien por lo que implican de segunda oportunidad una vez acabada la Guerra Fría (Argentina, Nicaragua, Perú). Todos estos elementos han llamado la atención más allá de las fronteras del continente. Y todos esos cambios han tenido, invariablemente, la oposición de Estados Unidos. En un mundo despolitizado y sin sentido, están ofreciendo politización y sentido. Detrás de este salto están décadas de resistencia social, liderazgos especiales, mucho coraje social y alguna que otra dosis de suerte. Es tanto lo conseguido que, por vez primera, se ha hecho real el «sí se puede» y el «otro mundo es posible» que configuraban los lemas de los Foros Sociales.

En este sentido, ¿cómo no hacer todo lo posible para seguir en esa senda virtuosa? Las tentaciones de un partido que unifique los esfuerzos revolucionarios/transformadores son muy altas. Posee la misma lectura urgente que la prisa por poner en marcha «tratamientos de choque» que empiecen a saldar la deuda social histórica. Históricamente no es posible acceder electoralmente al poder (única vía legítima hoy en día) con las fuerzas transformadoras fragmentadas y, merced a ese cainitismo propio de la izquierda, enfrentadas. ¿Acaso el Partido Socialista Obrero Español de Felipe González no accedió al poder gracias a la unificación de prácticamente todos los partidos socialistas españoles? ¿Puede pensarse la victoria de Lula da Silva sin la creación del PT como lugar de confluencia de diferentes formaciones políticas y sociales? ¿No es siempre una garantía de victoria de la derecha en tantos países la desunión de la izquierda? Por eso, siempre que surge un liderazgo capaz de aunar a las fuerzas transformadoras y de conseguir resultados electorales, el objetivo central de la oposición ha sido abatir a ese líder. Por eso debe identificarse tanto el refuerzo institucional y organizativo de la transformación como sus garantías democráticas. El *para qué* no debe ser un problema. El *cómo* sí.

Toda América Latina arrastra, como hemos dicho, neoliberalismo sociológico y administrativo. En el caso de Venezuela, podemos hablar de *cuartorepublicanismo sociológico*. El carácter de *adelantada* que corresponde a la Venezuela bolivariana llevó a pensar que, tras las elecciones de diciembre de 2006, tocaba dar un nuevo paso, esta vez hacia el socialismo anunciado en 2005. Para ello se necesitaba articular una nueva hegemonía y disponer de una organización para ello. Eso tenía que generar adhesiones y fricciones, incluso dentro de las filas articuladas en torno al llamado *chavismo*. Los integrantes del llamado *chavismo sin socialismo* enfrentan dos alternativas. Una, forzar un cambio de rumbo e, incluso, como ya ocurriera en el entorno del golpe de Estado, abandonar un barco enrumbado al socialismo y a la lucha contra la corrupción, el clientelismo y el privilegio que les señala a ellos precisamente como una nueva nomenclatura. La segunda, asumir un papel relevante en la configuración del nuevo partido, buscando en su seno opciones de supervivencia. Ambas opciones están abiertas.¹⁶

Es indudable que no existe mucha teorización acerca de la organización política que debe conducir hacia esta nueva etapa. Los referentes siguen siendo clásicos. Esta es la razón del duro debate que se abrió con la propuesta de John Holloway de rearticular la política al margen del Estado y, por tanto, al margen de los partidos políticos (Holloway, 2002).¹⁷ La señalada tendencia a la oligarquización tiene como desinencia la mayor probabilidad de migrar ideológicamente en busca de mayores caladeros de voto. Una de las razones de la crisis de los partidos es su corrimiento a ese *no lugar* que es el *centro* político (pura indefinición y no punto medio aristotélico como pretendieron algunas de sus interpretaciones). Al respecto, no es menos relevante señalar que la clarificación ideológica no es común en países con fuertes liderazgos, como es el caso de Venezuela. Como ocurrió con el peronismo, la figura de un Presidente fuerte podría servir para que convivieran bajo su nombre, como ocurrió durante su primer mandato, planteamientos contradictorios (anarquistas, cristianos, ecologistas, nacionalistas, comunistas, una izquierda socialista e, incluso, una derecha militar capitalista y autoritaria). Los peligros de cesarismo conviven en estos casos con una propuesta de clarificación ideológica que lejos de afirmar, problematiza la adhesión personalista. La influencia en este caso no sería la de una organización al servicio de intereses personalistas, sino la Cuba que afirma que el sucesor de

¹⁶ Se define «chavismo sin socialismo» a la opción que apoya el liderazgo de Chávez, especialmente desde sectores del ejército, pero que nunca han compartido sensibilidad alguna por el socialismo. Esos sectores configuran igualmente lo que se llama popularmente la boliburguesía (burguesía bolivariana, más inclinada al consumo que a la acumulación). Su denuncia es recurrente en los entornos de la comunicación alternativa venezolana. Puede consultarse cientos de artículos en esa dirección en la página www.aporrea.org.

¹⁷ V. Holloway, 2002. Posteriormente se reunió el debate en Holloway, *Contra y más allá del capital. Reflexiones a partir del debate sobre el libro Cambiar el mundo sin tomar el poder* (2006).

Fidel Castro es «el partido comunista». La creación de un partido diluye la responsabilidad personal y busca unificar los criterios en las ideas y no en los liderazgos.

Pero al igual que hay urgencia en articular nuevas formaciones sociopolíticas, no la hay menos para evitar que los procesos se malogren por conducirlos en un mal transporte. La expresión política de procesos plurales y diversos como son los que han ocurrido en el continente no puede encorsetarse en férreas organizaciones que disciplinen en vez de ser instrumentos de expresión política y de conformación de voluntades a través de un diálogo libre y horizontal. Un Partido Único de la Revolución –en Venezuela o en Bolivia, en Brasil o en Nicaragua, en Ecuador o en Argentina– corre el mismo riesgo que las *grandes coaliciones* entre los grandes partidos, que terminaron por anular la representación al cubrir *todo el espacio posible*, dejando necesariamente a amplios sectores sin encontrar su propia voz. En esos casos, lo constituido anularía a lo constituyente.

Los riesgos de un partido unificado donde el liderazgo –tanto del Presidente o Secretario General como de las estructuras intermedias– pierda la posibilidad de contrastar ideas y de escuchar voces discrepantes no ayuda sino a la esclerotización de los cambios. Las amenazas de clonar Estado y partido son enormes. La estigmatización del no afiliado estaría servida. Cierto es que ayudaría a romper la inercia clientelar de los viejos partidos, aunaría esfuerzos en una dirección emancipadora esencial en la fase paliativa de los procesos, organizaría políticamente a los que hasta hoy no han encontrado razones para articularse en una formación política, ayudaría en la institucionalización del país, y sentaría las bases para que, en ausencia del liderazgo, todo el esfuerzo transformador no se diluyese en nuevas luchas fratricidas. Pero sigue estando presente el riesgo de pagarse un precio potencialmente muy alto. Las ventajas, indudables, no pueden entenderse como una compensación de los riesgos claros en el horizonte. En una empresa de este calado, el ensayo y error es una forma de conocimiento demasiado onerosa.¹⁸

¿No hay acaso una comunión social fuerte cuando se comparten los principios democráticos que se encierran en las Constituciones? Las preguntas teóricas no agotan el problema. La *necesidad* de crear organismos políticos unificados hay que buscarla en las propias deficiencias de institucionalidad de cada país. Cuando no existe densidad social, cuando no existen estructuras burocráticas de corte *weberiano*, cuando no existe un sistema histórico

¹⁸ La creación del Partido Socialista Unificado de Venezuela fue anunciada por el presidente Chávez el 15 de diciembre de 2006 y a partir de ese momento se convirtió en la discusión política por excelencia. Esto no hace sino más urgente el debate sobre los instrumentos políticos que acompañen los cambios en América Latina, aún más cuando la voluntad de crearlo y su anuncio precedieron a las definiciones claras de objetivos, ideología, estructura, etc. Una vez más, en el continente ha primado la ecuación acción-reflexión-acción (frente a reflexión-acción-reflexión), si bien en este caso, la relevancia del instrumento obliga a acelerar el esfuerzo teórico. Los pueblos no esperan a los teóricos para hacer sus transformaciones.

de partidos que haya nutrido de manera permanente el aparato del Estado, la unificación de todas las fuerzas transformadoras en un mismo partido se convierte en una respuesta histórica que pugna contra la evidencia teórica de que se dispone (que recomienda formas más flexibles o la articulación de frentes políticos). Mientras la teoría, asentada en la experiencia, recomienda otro tipo de organización política, la práctica, alimentada por su propia lectura del desarrollo histórico, entiende que es el momento de reorganizar el instrumento político. Como en tantas otras ocasiones, las transformaciones políticas no esperan a la teoría. Es el caso, una vez más, de Venezuela. No hay teorías que den cuenta de lo que está pasando en el continente. Eso no apuesta por la práctica ciega, pero tampoco refuerza la ciencia ajena a la realidad. El científico social, de nuevo, sucumbe ante la debilidad de su ciencia.

El 19 de abril, en el Poliedro de Caracas, durante la II Juramentación de los Propulsores del Partido Socialista Unido de Venezuela (PSUV), el presidente Chávez alertó acerca de las desviaciones propias de los partidos de la izquierda revolucionaria en el siglo XX. No son menores los peligros y en ese acto se les dio un elevado rango. Aquellas *desviaciones* fueron las que mandaron al basurero de la historia las promesas de la Revolución de Octubre. Esas desviaciones, parapetadas en la exigencia de construir un arma invencible que terminara con una era terrible—recuérdese que la Revolución Rusa nace en el entorno de la Primera Guerra Mundial— tenían detrás una urgencia más sentida que pensada. El socialismo del siglo XX, antes que heroico y terrible, fue ingenuo. De ahí que todas ellas señalen problemas similares: el vanguardismo (sólo la cúpula sabe); el verticalismo y el autoritarismo (un centralismo democrático que era centralista y nada democrático); la copia de modelos foráneos; el teoricismo (la teoría como realidad incontrovertible); el dogmatismo (aplicar la ideología como catecismo); el estrategismo (sacrificar la realidad concreta al gran plan); el subjetivismo (confundir los deseos y la situación personal con la realidad social); la concepción de la revolución como asalto al poder; la insuficiente valoración de la democracia; la consideración de los movimientos sociales como simples correas de transmisión; el desprecio a los valores religiosos; el machismo o la gerontocracia. Que un grupo crea, en definitiva, que el fin justifica los medios, que nadie como ellos, como vanguardia, puede identificar esos fines, y que quien no concuerde con este escenario es porque está errado o es malvado—léase, en la adjetivación clásica, *contrarrevolucionario, oligarca, fascista*—.¹⁹

¹⁹ En ese discurso, el presidente Chávez se refirió como fuente para señalar las desviaciones a un trabajo de Marta Harnecker, bien lejos de otras reflexiones anteriores de esta activista y escritora chilena (por ejemplo, los conceptos fundamentales del materialismo histórico, atravesados de un mecanicismo simplista). V. Harnecker, 1999-2006.

Consciente de esas desviaciones, el presidente Chávez afirmó en el Poliedro:

Una maquinaria que debe crear espacios para el debate permanente, que debe aceptar distintas corrientes dentro de ella misma —dije corrientes, no dije sectas, ni dije fracciones caudillescas—, una organización que consulte permanentemente a las bases populares a las multitudes y a las masas populares, para que nunca pierda el impulso, el nervio y el palpitar del corazón, del pueblo y el corazón de las multitudes; una maquinaria que permanentemente esté haciendo elecciones de base para que sus autoridades locales, regionales, nacionales sean profundamente legítimas y practicantes todos de la democracia revolucionaria, de la democracia directa, de la democracia de multitudes. Una maquinaria en fin, que sea capaz de articularse con distintos movimientos, con distintos partidos y grupos en América Latina, en el Caribe y en el mundo.

La experiencia del siglo XX marca las desviaciones respecto de las cuales cualquier organización política con pretensiones globales debe plantearse para imitarlas o conjurarlas. Estas *desviaciones*, pese a las décadas transcurridas, son las mismas que planean hoy sobre el Partido Socialista Unido de Venezuela (o de cualquier forma política similar que se organice en el continente). Una mirada a lo que fue la experiencia del socialismo realmente existente nos presenta el siguiente saldo:²⁰

1. El partido se situó, como instrumento político por excelencia, por encima de los *soviets* (los consejos), a los que exigió sometimiento. Cualquier discrepancia entre ciudadanos o grupos de ciudadanos y órganos del partido se zanjaba a favor de las estructuras partidistas. En ese sentido, la división de poderes se convirtió en una farsa, al igual que los Comités de Conflictos dentro del partido o las cartas de derechos y deberes de los afiliados. Otro tanto ocurrió con el derecho administrativo, que desapareció *de facto* (no se podía litigar contra el Estado porque era como litigar contra el propio pueblo). Como los bolcheviques identificaron al poder con el Estado, centraron su concepción política en el aparato administrativo, de manera que la sociedad sólo se veía en relación con el mismo. En este sentido, la sociedad sólo existía a través del único instrumento para relacionar sociedad y Estado: el partido.

2. Tras la revolución, una incorporación masiva de afiliados al nuevo partido, carecientes de experiencia política y muy influidos por la fuerza del equipo revolucionario, puso la renovación de los cuadros en manos de los más experimentados, que terminaron haciendo del partido un instrumento para su uso particular (pasadas las primeras hornadas revolucionarias, el aparato devino en un lugar de privilegio y corrupción).

²⁰ Buena parte de estas reflexiones surgen de mi tesis doctoral, «Causas de la disolución de la República Democrática Alemana. La ausencia de legitimidad 1949-1989», desarrollada como un posgrado en la Universidad de Heidelberg (Alemania) y leída en la Universidad Complutense de Madrid en 1996.

3. Al pretenderse que sólo el partido representaba la verdad, que expresaba la única línea correcta, se construyó un referente político monolítico que terminó por dejar de aprehender el discurrir real de la vida. La cotidianeidad y el análisis del partido iban por caminos diferentes, pero la única lectura correcta era la que lanzaban los órganos políticos, obligando a la ciudadanía a hacer y pensar una cosa pero decir otra. El debate cultural fue sustituido por el adoctrinamiento.

4. Sólo los miembros del partido podían ocupar puestos en el Estado. Como el partido se definía como revolucionario, cualquier confrontación con un miembro del partido-Estado se convertía en una ofensa a la organización política general y a la revolución. Disentir del partido convertía a los ciudadanos en *enemigos del pueblo*. (Un escenario probable en el contexto venezolano amerita una discusión: ¿qué pasaría en Venezuela si en una comunidad hubiera una confrontación entre un miembro activo de un Consejo Comunal –base del poder constituyente– y la estructura municipal del partido –un aparato de organización muy ligado a las elecciones y a la ocupación del Estado–?).

5. El partido se referenciaba casi exclusivamente con un momento histórico que funcionaba como *epifanía*, como lugar y hora del nacimiento de la nueva patria. Al ser el único referente constructor de legitimidad, las únicas personas que podían portar ese emblema eran los que lo habían protagonizado. Esto generaba una *gerontocracia*, un gobierno de ancianos (por lo general hombres) que eran los únicos que podían exhibir su presencia en ese nacimiento. Las generaciones posteriores sentían cada vez menos la intensidad de ese momento, convertido, por el mero paso del tiempo, en una referencia mítica y lejana.

6. Al ser el partido una estructura no controlable sino desde dentro, y al funcionar sobre la base de una jerarquía férrea, desaparecieron los mecanismos de ajuste, con lo que el partido se convirtió en un altavoz recurrente de supuestos logros –en no pocas ocasiones avances vacíos y falsos– que pretendían suplir con propaganda las dificultades (por supuesto, también con éxitos claros). Como el objetivo era principalmente productivista, en clara emulación de Occidente, la repetición orwelliana de los avances se hacía un paisaje cotidiano. Este problema se multiplicó cuando desaparecieron las fracciones (estas se prohibieron en la Unión Soviética en 1921).

7. El partido nunca consideró la posibilidad de que las masas le retiraran su confianza. Esto era así porque los bolcheviques siempre funcionaron con una idea mítica del proletariado, donde, por contagio, la dirección de ese proletariado gozaba igualmente de esa condición mítica. Criticar a la dirección bolchevique se presentaba como un ataque al pueblo, con todos los abusos que eso generó.

8. Todos los canales de expresión fueron progresivamente acallados, de manera que los conflictos se trasladaban crecientemente al seno del partido (único lugar donde podía ejercerse influencia). Pero en el partido, por la jerarquía propia del centralismo democráti-

co, el debate fue ahogándose. Lenin siempre tuvo clara la necesidad del debate interno. Pero sus seguidores no lo entendieron así (recuérdese cómo los principales miembros del Politburó convinieron no hacer público el testamento de Lenin a su muerte porque todos recibían alguna crítica. Stalin supo usar bien esa falta de transparencia).

9. La falta de debate ideológico —algo que se evitaba para que no emergieran las contradicciones— se sustituía por las purgas y *depuraciones*. Después de cada expulsión, convenientemente ritualizadas, el partido se mostraba como más *puro*, más *proletario*, aún más cuando se conseguían las *confesiones* públicas de los depurados. *Enemigos de clase, contrarrevolucionarios, derrotistas, conspiradores, infiltrados* eran los adjetivos con los que el partido se encontraba con su *pureza*, con una mayor *virginidad* tras la descalificación y eliminación de unas *excrecencias* que solamente merecían ser destruidas (de ahí la feroz inhumanidad del estalinismo, que humillaba públicamente reproduciendo, varios siglos después, los actos de fe de la inquisición. Con la existencia de la televisión, los actos públicos de escarnio se trasladaron a la pequeña pantalla, metiendo la pira funeraria virtual en cada casa).

10. Las necesidades de *unidad* y de *disciplina*, dos requisitos para cualquier fuerza política, anularon las no menores necesidades de *debate* y *libertad de crítica*, con la consiguiente asfixia del pluralismo que se había reclamado. Las reclamaciones de unidad, un sentimiento recurrente de las bases populares, se interpretaban como homogeneidad, ahogándose cualquier disidencia. En nombre de la unidad, igualmente se sofocó la autonomía sindical —autonomía que siempre defendió Lenin— bajo una reflexión teórica aparentemente correcta pero con resultados negativos para los trabajadores en su aplicación real histórica. Sobre esta sinécdoque general —tomar una parte por el todo— fue que la cúpula, la *Nomenklatura* terminó usando el especial poder conseguido para su beneficio particular, enriqueciéndose al tiempo que mantenía un discurso revolucionario, llamaba a la unidad y traicionaba las esperanzas populares.

11. La misma falta de debate, y la necesidad de ajuste político permanente para poder sobrevivir en un entorno mundial hostil, llevaban a constantes reescrituras del pasado, reelaborando los hechos históricos y presentando a la ciudadanía el comportamiento de los líderes como constantes anticipaciones de la razón histórica. Este uso espurio del pasado impedía que la historia, en manos del pueblo y de su propia memoria, se convirtiera en un arsenal de construcción de democracia, especialmente cuando toda la disidencia actual se demonizaba hacia atrás —hasta prácticamente la cuna, cuando no se proyectaba sobre los antepasados—, inventando relaciones de los antaño revolucionarios con los enemigos históricos del proceso.

12. El modelo que Lenin pensó para la realidad concreta de Rusia fue trasladado acriticamente a América Latina, ignorando aspectos de gran relevancia en el continente

americano —la cuestión indígena, la cuestión religiosa, la estructura social—, de manera que los partidos comunistas se convirtieron en rígidas carcasas que, al tiempo que se articulaban como el más potencial instrumento eficiente para el logro de avances sociales, cobraban un precio muy alto por el mismo, separándose crecientemente de las bases.

El viejo Lenin lamentó las desviaciones que sufrió su partido. Tanto fue así que poco antes de morir llegó a equiparar a los militantes —su importancia— con los que no pertenecían al partido. De esta forma, el creador del partido bolchevique terminó negando ningún valor especial al hecho de formar parte del instrumento político por excelencia. (Imagínemos de nuevo un escenario plausible: ¿alguien en Venezuela podrá presuponer más compromiso revolucionario a los militantes del PSUV —seguramente hombres en su mayoría—, que a los miembros de un Consejo Comunal —seguramente mujeres en su mayoría— que pese a no militar dedican buena parte de su esfuerzo a la comunidad, tanto en ese momento como a lo largo de su biografía? ¿Será más *revolucionario* un miembro del partido que cualquier ciudadana que entregue buena parte de su tarea a la mejora de su comunidad? ¿No pertenece al pueblo, organizado en su comunidad, el poder constituyente de cualquier república? Nótese que sólo una organización política flexible, nada rígida, *poscolonial*—que vaya más allá del capitalismo, del estatismo y de la Modernidad propios del pasado— podrá evitar estas confrontaciones).

Como hemos visto, los partidos siempre crean élites que sustituyen a la organización. Sin embargo, una vanguardia que se separa de su pueblo es un comité de notables que, pese a repetir el discurso revolucionario —o quizá por eso mismo— representa el principal riesgo de la emancipación. Volviendo una vez más a la historia, fue Bujarin, en su recurrente duda, quien lo recogió en 1922 con gran amargura: «La historia está llena de ejemplos de la transformación de partidos de la revolución en partidos de orden. A veces, los únicos recuerdos de un partido revolucionario son los lemas que han inscrito en los edificios públicos».²¹

Conclusión: la flexibilidad como necesidad

Venezuela, al igual que América Latina, necesita superar el Estado, el capitalismo y la Modernidad, y para ello debe reinventar esos ámbitos para cubrir, con otros objetivos, las funciones que ellos cumplen. Una organización política que quiera protagonizar la revolución debe plantearse este reto, de manera urgente el que corresponde al Estado. En otros momentos de la historia la discusión acerca de la organización estatal pudo ser otra.²²

²¹ Citado en De Prat, 2006. En ese trabajo se analizan, con la distancia que da el tiempo, buena parte de los errores cometidos por los partidos socialistas durante el siglo XX.

²² La idea zapatista de Holloway de cambiar el mundo sin tomar el poder nació en un momento de desesperanza respecto de las posibilidades electorales en América Latina. Aunque el fondo teórico es la consideración de cualquier Estado como un instrumento

Ahora mismo, incluso para dismantelar el Estado haría falta un Estado fuerte (algo que entendió el neoliberalismo). Los Estados nacionales se ven desbordados por arriba y por abajo. La creación de una suerte de Estado transnacional, al que se le han entregado tareas de las que antes se ocupaban los niveles nacionales del Estado, obliga a reconstrucciones políticas fuertes nacionales y regionales. Vivimos en un mundo globalizado donde tanto la presión de las empresas transnacionales y el peso de la competencia como la existencia de una sociedad *inter-nacional* obliga a jugar con esas reglas. Y eso obliga a no dejar fuera de la discusión casi ningún problema. ¿Cómo enfrentarán las nuevas organizaciones políticas estos nuevos y viejos desafíos?

El nuevo orden internacional, en especial la búsqueda de un orden multipolar, abre nuevos interrogantes cuya definición compleja debe incorporar formas también complejas para la toma de decisión. Igualmente, en el corto plazo, un Estado que quiera salir de su condición de aparato de dominación al servicio de intereses particulares tiene que reorganizar su estructura para que, de entrada, empiece a cumplir los artículos sociales de las Constituciones que han servido para legitimar sin redistribución las sociedades capitalistas. La construcción de un servicio civil de carrera democrático, con funcionarios especializados que, en constante diálogo con la ciudadanía, sustenten de manera permanente el Estado, es un requisito urgente. Y otro tanto ocurre con la formación de un sistema tributario, de una red educativa, de una red sanitaria, de una red de seguridad social, de una milicia sometida férreamente a la Constitución, de una red de impartición de justicia sostenida sobre la división de poderes. Todos estos son elementos a satisfacer, al menos hasta que se tenga certeza de cómo pueden suministrarse esos bienes públicos de una manera más emancipadora que a través del Estado. En lo que respecta al papel del Estado en relación con un nuevo instrumento político, nuevas preguntas deberán entonces ser respondidas. ¿Es necesaria la afiliación para formar parte de esas redes? ¿Cómo es la relación entre la organización unificada y el aparato del Estado? ¿Decide la política exterior el Canciller o el responsable de internacional del partido? ¿Cuáles son los derechos de los que no tienen carnet? ¿Cómo se garantiza un derecho administrativo que permita litigar contra el Estado sin articularlo como un litigio contra «el pueblo»? ¿Pertenece a los jueces la interpretación de las leyes o pueden otros sectores, como el Ejército hecho partido, ser garantes de la misma más allá de las decisiones de la representación civil? ¿Tiene que ser

nacido de la dominación de clase, de alguna forma se hacía de la necesidad virtud: como no se podía alcanzar el poder estatal, ese poder se equiparaba con la más terrible de sus imágenes. Pero la derrota de partidos como el PRI en México, y las victorias de Chávez, Morales, Lula da Silva entre otros, han hecho parte de ese debate obsoleto. Sigue siendo válida, sin embargo, su advertencia ante los problemas estructurales de partidos y Estado. Para la izquierda, el Estado, como cualquier poder, no puede verse sino como táctica. Además, aprendiendo de los errores del pasado, no hay que desdeñar lo que decía Canetti: que uno termina pareciéndose demasiado a aquello que combate.

militante del partido unificado el Defensor del Pueblo? ¿Y el responsable de la televisión pública? ¿Los embajadores? ¿Los profesores de las universidades públicas? ¿Les hace eso *intérpretes* de la Constitución? ¿Son sólo militantes los que podrán publicar en las editoriales del Estado? ¿Sólo van a aparecer en los medios de comunicación públicos personas con carnet del partido asociado a la revolución? ¿Va a existir una religión privilegiada ligada al proceso? Sin caer en la ingenuidad de pensar que la formalidad democrático-liberal soluciona muchas de estas preguntas, las interrogantes son muchas. Demasiadas como para ahorrarlas en una forma tan clásica como un partido político *del siglo XX*.

La rigidez que presupone la superposición partido/Estado es mayor que las facilidades que brindaría. El principal filtro político debiera ser el asumir las reglas básicas de juego, es decir, la Constitución, interpretada por jueces independientes sostenidos por una incólume división de poderes. Lo contrario tiene una fuerte deriva autoritaria desde el momento en que si hay intérpretes autorizados de la verdad, esa *Verdad*, ahora con mayúsculas, pasa a ser lo que los *decisores* definan. El peligro de tautología —en forma de pez emancipador que se muerde la cola— es muy alto: el pueblo es revolucionario, el partido unido está compuesto por revolucionarios, quien no coincide con lo que decide el partido unido no es revolucionario. Y si, como ha sido el caso, el revolucionario organizado es el que representa al pueblo, quien se enfrente a las estructuras partidistas de la revolución se convierte, automáticamente, en enemigo del pueblo.

Tiene razón Enrique Dussel cuando afirma que un nuevo partido tiene que constituirse en *asamblea permanente* con los movimientos sociales, quienes configuran la respuesta popular a sus propias necesidades. Al estar una revolución en marcha (más allá de que por *revolución* haya que entender por lo común una fase de transición dictada por un reformismo fuerte con contenidos rebeldes o libertarios), la tensión para que se avance más en la dirección socialista, y, para ello, evitar que se dispersen las fuerzas afines a los procesos de cambio es, como venimos diciendo, muy fuerte.

No cabe duda de que toda esta discusión tiene una indudable ventaja: clarificar quién está a favor del socialismo y quién no (algo que ha solventado el capitalismo: nadie lo cuestiona, y jueces, militares, profesores, medios trabajan para reforzar su lógica). Pero incluso dentro de esa clarificación, seguiría abierta la discusión acerca de los plazos, la definición de lo que es más urgente, cómo se decide qué es realmente el socialismo, si se opta por el productivismo o la defensa medioambiental, si hay que compensar a los pueblos secularmente castigados o si los hombres, género privilegiado, deben pagar retirándose la deuda histórica que tienen con las mujeres. La unificación nunca agotará los diferentes puntos de vista, principalmente porque la discusión acerca del nuevo sujeto de la transformación es un aspecto central de la discusión acerca del socialismo del siglo XXI.

Y ya sabemos que el socialismo es, sobre todo, un proyecto abierto e inacabable de democracia permanente (Santos, 2005b).

Como hemos señalado, esta discusión da vueltas en torno al papel de los partidos que actualmente apoyan al proceso bolivariano en Venezuela. Repárese que en donde principalmente se nota el peso de la IV República es en todo aquello que tuvo que ver con el Estado anterior. De esa herencia, los partidos apenas pueden huir. Eso no hace directamente buenos a los movimientos sociales, que, como las olas en el mar, sólo existen cuando hay viento. Y que, como ocurrió con Los Verdes alemanes, cuando pretenden articularse y crear estructuras, terminan convertidos en partidos políticos idénticos a la socialdemocracia o la democracia cristiana. Las soluciones, insistimos, no están atrás. El «inventamos o erramos» se convierte aquí en un desafío descomunal.

La lógica que lleva a los partidos, convertidos en empresas, a entender el Gobierno y el Estado como un recurso económico; las disputas familiares de poder y la falta de democracia interna de los partidos; la escasa influencia social; la débil fuerza electoral en solitario; su vinculación a la corrupción; la falta de sintonía popular; su incapacidad para formar la voluntad ciudadana; su lealtad clientelar... son todos elementos que hacen necesario repensar estas organizaciones. Cualquier revulsivo siempre es bueno para diseccionar un tipo de articulación cuya lógica es esencialmente la del poder. Ahora bien, pretender sustituir unas organizaciones esclerotizadas por una nueva organización formada igualmente de manera cupular permite pronosticar un fracaso similar al de experimentos anteriores. Respondemos a una pregunta anterior: procedimientos iguales que trenzan iguales mimbrres tienen que dar como resultado un cesto muy parecido.²³

Estamos hablando, pues, cuando de una forma alternativa se trata, de una organización política armada desde abajo, fruto de muchos debates, de mucha deliberación, con claridad ideológica y que sólo tiene una parte de partido y muchas de movimiento social emancipador.²⁴ Hasta la asunción de la vía socialista en 2005, la Revolución Bolivariana respondió de manera defensiva. A la ineficiencia heredada del aparato estatal, a la oposición a las leyes habilitantes, a las deserciones, al golpe, al paro patronal y al sabotaje

²³ Las señales, al cierre de este artículo, sobre la marcha del Partido Socialista Unido de Venezuela, son confusas. Por un lado, la decisión del Partido Comunista de Venezuela, de Patria Para Todos y de Podemos de no incorporarse al PSUV, alegando la inmadurez del proyecto. Por otro, la distancia entre las medidas democráticas y los resultados obtenidos en las primeras fases de creación del partidos. Al tiempo que se planteó que los propulsores del partido no tuvieran militancia, que fueran los propios militantes los que financiaran su organización, que los que fueran propulsores no fungieran posteriormente como voceros, elementos todos que evitarían derivas burocráticas, hubo también quejas acerca de la designación cupular por parte de un comité organizador de los casi diecisiete mil propulsores iniciales que articulan toda la inscripción. En los ajustes posteriores a estas deficiencias estará perfilado el sentido final de esta nueva organización. La gran afiliación al PSUV, que pasa, según cifras oficiales, del millón de personas, es otra potencial garantía de control.

²⁴ De ahí que no sea la mejor forma de argumentar su necesidad planteándolo como una petición emanada del liderazgo que implique silenciar los debates. Ya se ha comprobado, y el caso de Venezuela es emblemático, que ese sistema no consolida organización y repite recurrentemente los mismos errores.

petrolero, a la *guarimba*, al referéndum presidencial. Ahora es un momento propositivo y la discusión acerca de cómo debe ser la nueva organización política obliga, una vez más, a una reflexión que tiene, como exigencia novedosa, que sus conclusiones pueden, de inmediato, convertirse en actos de gobierno. La más urgente: la articulación política de formas de democracia local (consejos comunales en el caso de Venezuela) como forma estatal que *desborda* el Estado de clase heredado de la organización política latinoamericana. Existe la evidencia empírica de que la multitud de problemas con que se encontró la Revolución Rusa, tanto internos como externos, fue respondida concentrando el poder en aquel grupo que tenía la *certeza revolucionaria*. Fue el último Lenin, como hemos señalado, el que, poco antes de morir, vio que aquello no estaba resultando. Si un proceso revolucionario estrecha sus centros de decisión —por la corrupción política, por la amenaza externa, por la ineficiencia, por la urgencia de pagar la deuda social— está estrechando sus potencialidades, además de expresar su fracaso en la tarea central de todo proceso de cambio: colaborar a la emergencia de una nueva generación de cuadros políticos y sociales. Pero si el pasado nos brinda las preguntas, las respuestas, en el siglo XXI, siguen abiertas.

Los intelectuales se mueven mejor señalando los frenos que invitando a la acción. Mantienen así la *tentación de la inocencia*, una suerte de distancia *pura* que ya denunciara Marx como propia de una burguesía satisfecha. El intelectual es mejor para señalar los riesgos que para apuntar senderos. Su autoestima le dificulta asumir los fracasos que, obligados a la acción, constantemente, experimentan los pueblos. ¿Cómo debe ser el nuevo instrumento de la transformación política y social? Una vez más, nos encontramos con la subteorización de un problema de gran importancia social. He aquí, por tanto, una tarea urgente para una ciencia social que no crea que lo que existe agota las posibilidades de la existencia. Una ciencia social crítica que procura mirar más allá de las urgencias políticas y más acá de la reflexión colgada de una nube. Que asuma, en la parte que le toca, una reflexión compleja sobre la emancipación en curso. Y que no cometa el error, como en otros momentos de la historia, de vincular su discurso a las necesidades de cualquier poder —o antipoder— y termine vendiendo su primogenitura y su honor por un plato de lentejas o sus argumentos por el miedo a no formar parte de la Corte y sus elegidos.

Referencias bibliográficas

Alcántara, Manuel (2004). *Partidos políticos en América Latina: precisiones conceptuales, estado actual y retos de futuro*, Barcelona, Ediciones Cibod, Documentos n° 3.

Alcántara, Manuel, ed. (2006). *Políticos y política en América Latina*, Madrid, Siglo XXI/Fundación Carolina.

Borón, Atilio (2003). *Estado, capitalismo y democracia en América Latina*, Buenos Aires, Clacso.

Calcagno, Alfredo Eric (1999). *Para entender la política. Contra la ilusión de lo óptimo y la realidad de lo pésimo*, Buenos Aires, Norma.

Cavarozzi, Marcelo y Esperanza Casullo (2002). «Los partidos políticos en América Latina hoy: ¿consolidación o crisis?», en Marcelo Cavarozzi y Juan Abal Medina, *El asedio a la política. Los partidos latinoamericanos en la era neoliberal*, Rosario, Ed. Homo Sapiens.

Coronil, Fernando (2002). *El Estado mágico. Naturaleza, dinero y modernidad*, Caracas, Nueva Sociedad.

De Prat, Cesáreo A. (2006). *La teoría bolchevique del Estado socialista*, Madrid, Tecnos.

El Troudi, Haiman y Juan Carlos Monedero (2006). *Empresas de producción social. Instrumento para el socialismo del siglo XXI*, Caracas, Centro Internacional Miranda.

González Casanova, Pablo, coord. (1998). *El Estado en América Latina. Teoría y práctica*, México, Siglo XXI.

González Casanova, Pablo (1999). «La trama del neoliberalismo: una introducción», en Emir Sader y Pablo Gentili, comp., *La trama del neoliberalismo. Mercado, crisis y exclusión social*, Buenos Aires, Flacso/Eudeba.

Harnecker, Marta (1999). *La izquierda en el umbral del siglo XXI, haciendo posible lo imposible*, Madrid, Siglo XXI. Reeditado y actualizado como *Reconstruyendo la izquierda*, Caracas, Centro Internacional Miranda/Viejo Topo, 2006.

Hirschmann, Albert O. (1981). *Salida, voz y lealtad*, México, FCE.

Hirschmann, Albert O. (1991). *Retóricas de la intransigencia*, México, FCE.

Holloway, John (2002). *Cambiar el mundo sin tomar el poder. El significado de la revolución hoy*, Buenos Aires, Ediciones Herramientas / México, Universidad Autónoma de Puebla.

Holloway, John (2006). *Contra y más allá del capital. Reflexiones a partir del debate sobre el libro Cambiar el mundo sin tomar el poder*, Caracas, Monte Ávila.

Katz, Richard y Peter Mair (1995). «Changing Models of Party Organization and Party Democracy. The Emergence of the Cartel Party», *Party Politics*, vol.1, n° 1.

Laclau, Ernesto (2006). «Deriva populista y centroizquierda latinoamericana», *Página 12*, 8/10; disponible también en www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-74196-2006-10-08.html.

Manin, Bernard (1992). «Metamorfosis de la representación», en Mario R. Dos Santos, coord., *¿Qué queda de la representación política?*, Caracas, Clacso/Nueva Sociedad.

Monedero, Juan Carlos, comp. (2003). *Cansancio del Leviatán. Problemas políticos en la mundialización*, Madrid, Trotta.

Monedero, Juan Carlos (2007). *El gobierno de las palabras. Crítica y reconstrucción de la política*, Bogotá, Universidad Pedagógica Nacional.

Neumann, Sigmund (1956). *Modern Political Parties. Approaches to Comparative Politics*, Chicago, Chicago University Press.

Rauber, Isabel (2006). *Sujetos políticos. Rumbos estratégicos y tareas actuales de los movimientos sociales y políticos en América Latina*, Bogotá, Desde Abajo.

Roberts, Kenneth (2002). «El sistema de partidos y la transformación de la representación política en la era neoliberal latinoamericana», en Marcelo Cavarozzi y Juan Abal Medina, *El asedio a la política. Los partidos latinoamericanos en la era neoliberal*, Rosario, Ed. Homo Sapiens.

Santos, Boaventura de Sousa (2005a). *Crítica de la razón indolente. Contra el desperdicio de la experiencia*, Bilbao, Desclé de Brower.

Santos, Boaventura de Sousa (2005b). «Reinventar la democracia», en *El milenio huérfano*, Madrid, Trotta / *La caída del Angelus Novus*, Bogotá, ILSA [1997].

Santos, Boaventura de Sousa y Leonardo Avritzer (2005). «Introducción: para ampliar el canon democrático», en Boaventura de Sousa Santos, ed., *Reinventar la democracia*, México, FCE.

Sartori, Giovanni (2005). «¿Hacia dónde va la ciencia política?», *Revista Española de Ciencia Política*, n° 12, abril.

Touraine, Alain (2006). «Entre Bachelet y Morales, ¿existe una izquierda en América Latina?», *Nueva Sociedad*, n° 205; disponible también en www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-.

Von Beyme, Klaus (1994). *Systemwechsel in Osteuropa*, Frankfurt am Main, Suhrkamp.

Von Beyme, Klaus (1995). *La clase política en el Estado de partidos*, Madrid, Alianza.